DEVOCIONAL DE NAVIDAD DE CHRISTIANITY TODAY

TIEMPO DE ASOMBRO

LA TEMPORADA DE ADVIENTO A TRAVÉS DE LA ADORACIÓN

Conoce más sobre CT en español

CT | CHRISTIANITY TODAY

TIEMPO DE ASOMBRO: UN DEVOCIONAL DE CHRISTIANITY TODAY
Copyright © 2024 Christianity Today. Todos los derechos reservados.

Christianity Today, P.O. Box 788, Wheaton IL 60187
ChristianityToday.com

Todas las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL® NVI® © 1999, 2015, 2022 por Biblica, Inc.®. Usado con permiso de Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

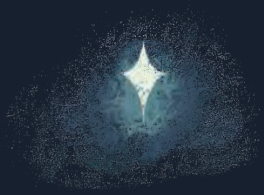
EDITOR Conor Sweetman
EDITOR JEFE Russell Moore
DIRECTORA CREATIVA Sarah Gordon

DISEÑADORA Alecia Sharp
ILUSTRACIONES POR Sandra Rilova
DISEÑO DE PRODUCCIÓN POR Rick Szuecs

EDICIÓN EN INGLÉS POR
Raicheal Fulle
Sara Kyoungah White

TRADUCCIÓN POR Sofía Castillo y Livia Giselle Seidel
EDICIÓN EN ESPAÑOL POR Livia Giselle Seidel
MAQUETACIÓN DE LA VERSIÓN EN ESPAÑOL Ezequiel Martínez

DEVOCIONAL DE NAVIDAD
DE CHRISTIANITY TODAY



TIEMPO DE ASOMBRO

LA TEMPORADA DE ADVIENTO A TRAVÉS DE LA ADORACIÓN

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN **6**
COLABORADORES **8**
DÍA DE NAVIDAD **102**

SEMANA 1

TIEMPO DE
RENUEVO
12

SEMANA 2

TIEMPO DE
PRUEBA
36

SEMANA 3

TIEMPO DE
REVELACIÓN
60

SEMANA 4

TIEMPO DE
ASOMBRO
84

PALABRAS DEL EDITOR

POR CONOR SWEETMAN

Tal vez resulte extraño guiar nuestras meditaciones navideñas en torno al libro de Eclesiastés. A medida que comienza diciembre, no hay tiempo para pensar en la fugacidad de la vida, ¡hay que limpiar la casa, preparar comida navideña, envolver regalos y pasar tiempo con la familia! Sin embargo, quizá esta agitada temporada es exactamente el momento apropiado para reflexionar sobre la naturaleza efímera de nuestras vidas.

A menudo participamos en muchas actividades durante esta temporada. El libro de Eclesiastés afirma que hay un tiempo específico para todo: para plantar y cosechar, para llorar y reír, para lamentarse y celebrar. Cualquiera que sea el estado en el que te encuentres en esta temporada navideña, deseo que encuentres ánimo en el hecho de que Dios guía nuestras vidas por medio de

periodos y ritmos que a veces tienen luz y a veces sombra, que a veces son livianos y a veces parecen más pesados de lo que podemos soportar.

En este devocional de Adviento de Christianity Today, seguimos el curso de la mañana, la tarde y la noche, y cada una tiene su propio tono y realidad específica. A medida que avanzamos por las semanas de Adviento, este devocional nos guía a través de temporadas de renuevo, prueba, revelación, y en última instancia, a un tiempo de asombro ante el gran regalo con el que nos encontramos en la Navidad: el nacimiento de Cristo en la tierra, su encarnación por amor y por nuestra salvación. Adéntrate en esta aventura; encuentra el tiempo para ser testigo de los días de Adviento a través de la lente del asombro y únete a nosotros a medida que adoramos juntos. ■

COLABORADORES

Conoce al equipo de escritores cuya dedicación y pasión han llenado las páginas de este Devocional de Navidad con historias de fe, esperanza y amor. Esperamos que su compromiso con la excelencia y sus meditaciones de las profundidades de la vida cristiana ofrezcan un destello de luz durante esta temporada navideña.

JULIA BARTEL

Julia Bartel se graduó recientemente del Instituto para la Teología, la Imaginación y las Artes de St Andrews University. Vive en Escocia.

JONATHAN CHAN

Jonathan Chan es escritor y editor. Nació en Nueva York, creció en Singapur y estudió en Cambridge y Yale.

ISAAC GAY

Isaac Gay es un artista, líder de alabanza y escritor que navega en el cruce de la creatividad, la espiritualidad y el pensamiento contemporáneo.

ALICIA HAMILTON

Alicia Hamilton es autora de estudios bíblicos y discipula a estudiantes universitarios en New Hampshire.

AARON CLINE HANBURY

Aaron Cline Hanbury es escritor y editor.

CHRISTINA GONZALEZ HO

Christina Gonzalez Ho es autora de la serie de audio «The Last Two Years» y es cofundadora de Estuaries.

JASMINE JONES

Jasmine Jones es mentora. Le apasiona establecer conexiones y capacitar a otros para vivir su fe con audacia a través de su comunidad virtual The Purpose Corner.

LILY JOURNEY

Lily Journey es escritora, creadora para eventos, promotora de la poesía y profesional sin ánimo de lucro.

RYAN KEATING

Ryan Keating es escritor, maestro y pastor en la isla de Chipre. Su poesía ha sido publicada en publicaciones como *Ekstasis* y *Fare Forward.*

VIJAY KRISHNAN

Vijay Krishnan es pastor principal en la iglesia The Well en el Área Metropolitana de Toronto. Vijay, Jennifer y sus tres hijos aman ser parte de lo que Dios está haciendo a través de la iglesia local.

GABRIELLE MCCULLOUGH

Gabrielle McCullough es evangelista, maestra de la Biblia y actualmente vive en Waco, Texas, con el ferviente deseo de alcanzar a todas las personas con el evangelio de Jesucristo.

ANDREW MENKIS

Andrew Menkis es profesor de teología. Su poesía y prosa han sido publicadas en *Modern Reformation, Ekstasis, The Gospel Coalition* y *Core Christianity.*

MORGAN MITCHELL

Morgan Mitchell sirve como pastor en San Diego, y se especializa en grupos pequeños, discipulado y predicación.

COURTNEY MOODY

Courtney Moody es bailarina de ballet, escritora y poeta de la fe. Su trabajo ha sido publicado en *Ekstasis* y en el diario literario *The Way Back to Ourselves.*

RICH PEREZ

Rich Perez sirvió como pastor y orador público por 20 años. Actualmente es productor de películas y crea narrativas para marcas y organizaciones.

KIMBERLY PHINNEY

Kimberly Phinney es escritora y profesora. Es fundadora de la comunidad literaria www.TheWayBack2Ourselves.com y su trabajo ha sido publicado en *Ekstasis.*

CALEB SAENZ

Caleb Saenz es pastor principal en la iglesia The Garden, que fue plantada en San Antonio en 2023.

KEN SHIGEMATSU

Ken Shigematsu es pastor principal en la iglesia Tenth Church en Vancouver. Es autor de los éxitos de superventas *God in My Everything* y *Survival Guide for the Soul.*

ALYSSA STADTLANDER

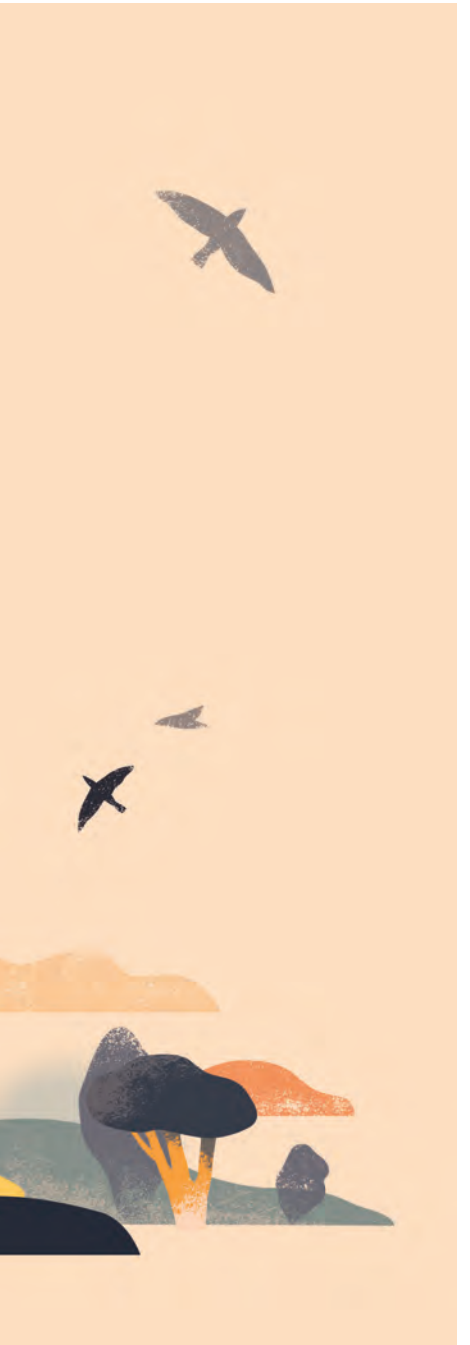
Alyssa Stadtlander es escritora y actriz, y vive en Boise, Idaho. Su trabajo ha sido publicado en *Ekstasis, Mudfish Magazine* y *Fathom*, entre otros.

KAREN STILLER

Karen Stiller es autora de *Holiness Here, The Minister's Wife* y otros libros sobre la iglesia.

GEORGE SWEETMAN

George Sweetman ha servido como decano de vida estudiantil en Tyndale University en Toronto durante los últimos 25 años.



S1

TIEMPO DE

RENUEVO

«¡Despierta, alma mía!
¡Despierten lira y arpa! ¡Haré
despertar al nuevo día!».

SALMO 57:8

ADVIENTO EN EL HORIZONTE

La temporada navideña nos muestra
que nuestro pasado ha sido redimido,
y que tenemos un futuro lleno de esperanza.

POR ANDREW MENKIS

UNA VEZ ESCUCHÉ a alguien decir que si uno pudiera entrar en un agujero negro y alcanzar el horizonte de un suceso, uno podría ver el pasado y el futuro simultáneamente. Por mucho que me he esforzado por comprender esto, todavía no lo consigo. Mis conocimientos en física son limitados; sin embargo, sí entiendo lo que significa contemplar mi pasado o tratar de vislumbrar mi futuro.

Por lo general, esto causa problemas. Mirar con frecuencia al pasado lleva al lamento, la vergüenza o la depresión con respecto a lo que pasó y no puede ser cambiado. Mirar al futuro a menudo lleva a la preocupación, temor o ansiedad sobre lo que puede suceder. La razón por la que pasa esto, me parece, es que mi mirada está enfocada solo en mí mismo. Por el contrario, Cristo nos llama a quitar los ojos de nosotros mismos y a mirarlo a Él. Durante la temporada de Adviento, recibimos la invitación a mirar hacia el pasado a lo que Cristo ya hizo, a la vez que miramos a la esperanza futura de lo que hará cuando regrese.

David tenía sus ojos fijos en Cristo cuando compuso el Salmo 110. En las primeras líneas, Dios le habla a alguien que David llama «mi Señor». En otras palabras, Dios está hablando con el Rey del rey David. Este Rey de reyes es nuestro Salvador, Jesucristo (Hechos 2:34–36). El salmo pinta un retrato de Cristo como el vencedor sobre los enemigos de Dios, como el gobernador de las naciones, poderoso, vibrante y justo. Y como si esta imagen no fuera magnífica en sí misma, el salmo le agrega otra capa: Cristo es también sacerdote según el orden de Melquisedec. El autor de la carta a los Hebreos explica por qué esto es tan significativo: «[Melquisedec] no tiene padre ni madre ni genealogía; no tiene comienzo ni fin, pero, a semejanza del Hijo de Dios, permanece como sacerdote para siempre» (Hebreos 7:3). Cristo es un sacerdote eterno que, a diferencia de los sacerdotes levitas del Antiguo Testamento, es un mediador perfecto y constante: un intercesor y defensor entre Dios y su pueblo.

En este poema, David nos invita a fijar nuestros pensamientos, afectos y deseos en una visión del rey sacerdote Jesucristo. Cuando miramos al pasado y contemplamos el nacimiento, vida, sufrimiento, crucifixión, resurrección y ascenso de Cristo, dejamos de ver nuestro lamento, vergüenza y depresión. Cristo es rey: Él tiene el poder para asegurarse de que no haya nada que hayamos experimentado o hecho que Dios no use para bien (Romanos 8:28). Cristo es nuestro sacerdote: toda nuestra culpa y vergüenza han sido resueltas en la cruz. Más que eso, Cristo conquistó la muerte y el Espíritu Santo que lo devolvió a Cristo a la vida mora en nosotros y nos da vida nueva para el futuro. Nuestras preocupaciones, temores y ansiedades son puestos en la perspectiva correcta cuando miramos a Cristo y recordamos que así como Él vino una vez, volverá de nuevo para acabar con la maldad, hacer justicia y salvar a su pueblo.

Para un salmo repleto de imágenes de violencia —enemigos puestos por estrado, reyes aplastados y cadáveres amontonados en las naciones—, David culmina con un tono sorprendentemente pacífico. En medio del juicio a las naciones, el rey sacerdote se detiene para descansar un momento. La imagen final que David nos muestra es de Cristo haciendo una pausa para tomar agua fresca de un arroyo, para finalmente levantar su cabeza (v. 7). Su pausa indica que el fin de todas las cosas aún no está cerca. Permanecemos en nuestro tiempo presente —digamos, el horizonte del suceso— entre la primera y la segunda venida de Cristo. En lugar de contemplar obsesivamente nuestro pasado o futuro, a través de este salmo, Cristo nos invita a mirarlo a Él y encontrar perdón, identidad, paz, seguridad y esperanza en lo que Él hizo por nosotros en el pasado, y en lo que hará cuando regrese en el futuro para establecer su reino como sacerdote y rey, una vez y para siempre. ■

REFLEXIONA

David nos invita a centrar nuestros deseos y pensamientos en Cristo. ¿De qué maneras prácticas puedes pasar de centrarte en ti mismo a mirar a Cristo durante esta temporada de Adviento?

Reflexiona sobre tu propia tendencia a preocuparte por el pasado o por el futuro. ¿De qué manera permanecer en las palabras del Salmo 110 renueva tu perspectiva?

PREPARAR EL CAMINO PARA EL PLAN PERFECTO DE DIOS

Juan el Bautista revela el llamado de la preparación.

POR JASMINE JONES

HAY ALGO EN LA IDEA de comenzar desde cero que me hace querer escapar y esconderme. Como perfeccionista en recuperación, me gusta que un plan bien elaborado articule todos los pormenores de cómo deben marchar las cosas. La idea de que sea yo quien «prepare el camino», sin poder consultar una guía o un libro de reglas me resulta intimidante. ¿Te ha pasado alguna vez? Tal vez te tocó ser el «primero» de tu familia. El primero en graduarse de la universidad, el primero en mudarse fuera de su ciudad natal, el primero en convertirse en cristiano.

Esta es la situación en la que se encontraba Juan el Bautista incluso antes de nacer. En Lucas 1:17, vemos al ángel del Señor proclamando la clase de pionero que sería Juan: «Él irá primero, delante del Señor, con el espíritu y el poder de Elías, para reconciliar a los padres con los hijos y guiar a los desobedientes a la sabiduría de los justos. De este modo preparará para el Señor un pueblo bien dispuesto». A Juan se le encomendó la tarea honorable, y seguramente inquietante, de preparar a la gente para Jesús, el Mesías de la promesa. ¡Vaya tarea de preparar el camino!

Y aunque sé que Dios equipó a Juan con todo lo que necesitaba antes de ponerlo en esta tierra, no puedo evitar pensar en el peso y las emociones humanas que Juan pudo haber experimentado y por las que pudo haberse sentido agobiado. ¿Tenía miedo de tomar una decisión equivocada? ¿Le abrumaba la idea de anunciar con franqueza quién era Jesús? No puedo imaginarme empezar de cero sin libros sobre evangelización, sin la oración de conversión y sin los ejemplos que comúnmente usamos en los sermones.

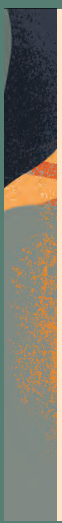
Es fácil que «el síndrome del impostor» se asome cuando miramos la tarea de preparar el camino a través de la lente de nuestras propias habilidades. Pero la hermosa lección que aprendemos de la vida de Juan el Bautista es que preparar el camino no tiene nada que ver con

nuestras habilidades, y todo que ver con nuestra disponibilidad para responder al llamado de Dios. Ser una vasija dispuesta nos concede el privilegio de estar en constante colaboración con el Espíritu que está obrando en nosotros. Y cuando operamos desde ese lugar de colaboración, no hay tarea o llamado demasiado grande que Dios no pueda llevar a cabo.

Dios usó a una improbable pareja de ancianos y a su bebé como canal para difundir las Buenas Nuevas de la venida del Salvador del mundo. Si bien la situación será diferente para cada uno, puede ser poderoso meditar en cuál es el llamado al que Dios nos está invitando personalmente y en el que podemos ser una vasija que Dios use durante la temporada de Adviento y más allá. El linaje de Jesús nos muestra claramente que Dios se deleita en trabajar a través de nuestras historias imperfectas e improbables para hacer brillar su luz y su amor... incluso si eso significa que eres uno de los «primeros» en recibir ese llamado dentro de tu círculo de influencia. A medida que se acerca la Navidad, al recordar la vida de Juan el Bautista y su llamado a preparar el camino para Jesús y para que Él llevara a cabo su obra transformadora del mundo, tenemos la oportunidad de pensar en la invitación que Dios nos ha hecho de forma individual y en cuál será nuestra respuesta. Puede que haya una multitud de personas para quienes tú estás preparando el camino. ■

REFLEXIONA

Piensa sobre el papel de Juan el Bautista al preparar el camino para Jesús. ¿De qué manera su ejemplo te inspira a estar abierto y receptivo a las formas en que Dios podría utilizarte en tu propia comunidad?



Considera en qué áreas específicas de tu vida Dios podría estar invitándote a «preparar el camino» para otros.

EL CÁNTICO DE MARÍA TODAVÍA RESUENA

El Magníficat refleja el cuidado de Dios por los más necesitados.

POR RICH PEREZ

LA HISTORIA DE NAVIDAD incluye muchas celebraciones sorprendentes, incluso en medio de circunstancias difíciles. El Magníficat de María me trae un acontecimiento muy peculiar a la memoria: un equipo de niños nicaragüense consigue llegar a la Serie Mundial de Pequeñas Ligas, pero la mayoría de sus padres no consigue asistir por las dificultades de conseguir permisos de migración. Sin embargo, a lo ancho de seis estados, la comunidad nicaragüense-estadounidense se unió, viajando a los partidos y ofreciendo un coro de apoyo en lugar de los padres ausentes. Esta conmovedora muestra de solidaridad que tuvo lugar en el verano de 2022 capta para mí la esencia de la respuesta de María a la invitación de Dios en Lucas 1.

El Adviento, un tiempo en el que anticipamos la llegada de Jesús, también nos obliga a examinar el telón de fondo: un mundo de oscuridad, pobreza y desesperación. María y José se encuentran huyendo, buscando refugio para el nacimiento de su hijo. Sin embargo, en medio de las tinieblas, llega la luz y nos invita a abrazar su calor.

¿Cuál es el mensaje central? Las promesas de Dios a menudo florecen en las circunstancias más improbables. Lucas 1 pinta un cuadro vívido: el ángel Gabriel anuncia el embarazo de María, y en lugar de sucumbir al miedo, María prorrumpe en cántico. Su canto no es una súplica, sino una declaración de fe, una melodía rebosante de consuelo para nosotros.

El cántico de María, especialmente el versículo 48, revela la piedra angular de su fe: «porque se ha dignado fijarse en su humilde sierva». La expresión «humilde» significa pobreza, insignificancia y cautiverio. María reconoce su realidad de mujer marginada en una sociedad que a menudo despreciaba a las mujeres y condenaba a los pobres al ostracismo.

Esta escena se repite en las comunidades marginadas de hoy: inmigrantes, personas de color, aquellos que se encuentran luchando en la periferia. Sin embargo, el cántico de María trasciende las circunstancias. Susurra esperanza, recordándonos que Dios no es un dios lejano, sino que nos ve allí donde estamos.

El cántico de María se hace eco de otra heroína improbable: Ana, una mujer estéril, marginada porque no tenía hijos. Sin embargo, Dios se acordó de ella (1 Samuel 1:19). El canto de Ana, que desafiaba las normas sociales de su tiempo, encuentra una nueva voz en María. Esta conexión no es una coincidencia. Lucas establece la conexión entre estas mujeres extraordinarias para recordarnos que el favor de Dios recae a menudo sobre quienes son insignificantes a los ojos de otros.

Piensa en madres improbables a lo largo de la historia —Sara, Rebeca, Raquel— que dieron a luz a figuras fundamentales en el plan de Dios. Dios elige a los aparentemente estériles y a los olvidados para mostrar su poder. Sus promesas florecen en el terreno de la imposibilidad.

María concluye su Magníficat con una poderosa declaración: «Acudió en ayuda de su siervo Israel mostrando su misericordia a Abraham y sus descendientes para siempre» (Lucas 1:54-55). Es un testimonio de la fidelidad inquebrantable de Dios. Él es fiel a sus promesas: cumplió la profecía mencionada suavemente en Génesis 3:15 y el pacto establecido con Abraham en Génesis 12:3.

La celebración del nacimiento de Jesús no se refiere solo a la fidelidad de Dios, sino también a la realización de nuestro anhelo más profundo: que un Salvador venga a redimirnos.

El encuentro de María con Dios nos obliga a actuar. El verdadero disfrute del Evangelio significa mostrar solidaridad hacia los que viven en los márgenes que fueron su lugar de origen. Jesús no se limitó a ofrecer la salvación, sino que también caminó con los marginados y con los que sufrían.

En momentos de duda, confusión o desesperación, el acto de fe más poderoso es estar junto a otra persona, presenciando el nacimiento de su promesa. Al igual que María viajó para apoyar a Elisabet, nosotros estamos llamados a crear una comunidad de apoyo, un coro de palabras de aliento para aquellos que se encuentran en un camino difícil. Que nosotros, al igual que María, encontremos consuelo en la presencia de Dios. Que lo busquemos en los rostros de los seres queridos y de los extraños. Que nuestros corazones ardan con el calor de su amor, un faro de esperanza en un mundo que anhela la luz. ■

REFLEXIONA

¿De qué manera el cántico de María puede moldear tu perspectiva sobre el carácter de Dios y su cuidado por todas las personas, independientemente de su condición social o sus circunstancias?

Teniendo en cuenta la humildad de María y su confianza en el plan de Dios, ¿cómo puedes cultivar un sentido más profundo de entrega y apertura a la guía de Dios en tus decisiones cotidianas?

EL FRUTO INESPERADO DE LA ESTERILIDAD

Cómo el reino de Dios se deleita en los grandes reveses.

POR ALICIA HAMILTON

ME SENTÉ EN EL SOFÁ Y LLORÉ, todavía vestida con la ropa del trabajo. Había vuelto a casa del aula con un descubrimiento que se sentía como una piedra helada en mi estómago: no era lo suficientemente fuerte para enseñar. No podía terminar la maestría que estaba estudiando. No podía dedicar las horas ni la energía necesarias para hacer aquello hacia lo que creía que Dios me había estado guiando toda mi vida. Este jardín que había plantado y cuidado desde mi infancia, y que ahora estaba brotando, iba a morir.

Así que lo abandoné. No había nada que hacer, excepto orar para que Dios hiciera algo hermoso en el desarraigo de todo aquello. Me quedé en medio de sueños muertos, sin saber cómo —o qué— volver a plantar.

Aunque en épocas muy distintas y con implicaciones diferentes, encuentro una similitud en la historia del linaje de Jesús y en el modo en que Elisabet construyó su vida sobre los restos de su sueño desarraigado. Su dolor por un sueño perdido se vio agravado por la deshonra que la esterilidad suponía en el antiguo Oriente Próximo. Sin embargo, en un instante, Dios le dio un revés a su historia. «Esto —decía ella— es obra del Señor, que ahora ha mostrado su bondad al quitarme la vergüenza que yo tenía ante los demás» (Lucas 1:25). Aquí estaba la esperanza, creciendo suave y verde en la oscuridad de la tierra, tan sorprendente como la primavera. Dios es especialista en reveses épicos. En su vejez, Elisabet no daría a luz a un hijo cualquiera, sino al niño que prepararía el camino para el Mesías.

Mientras yo seguía en aquel sofá con los pañuelos arrugados apretados en mis manos temblorosas, un hombre sabio, que ahora es mi esposo, me ayudó a dilucidar qué era aquello que seguía creciendo en el jardín: aquellas semillas plantadas por la mano de Dios que yo había pasado por alto. Años después, estoy cosechando frutos diferentes de los que había imaginado, pero son mejores. Lo considero mi propio revés. Dios tomó un sueño que yo había dado por inútil y lo transformó en una realidad de enseñanza a través de la escritura y el

discipulado, cosas que se ajustan a los contornos de mi corazón mejor de lo que podría hacerlo un aula. He construido mi vida en este jardín, y no puedo imaginarla de otra manera.

Los reveses de Dios llenan las páginas de las Escrituras. Pensemos en el nacimiento de Isaac de Abraham y Sara, ancianos y aparentemente estériles; en el ascenso de José de esclavo a gobernante; o en el modo en que el plan de Amán para destruir a los judíos fue frustrado por dos judíos a los que Dios había levantado a puestos de poder aun en su lugar de exilio. Estas historias nos hablan de cómo Dios se deleita en dar un giro a las situaciones y traer la salvación de las maneras más sorprendentes.

Todas ellas presagian el cambio más sorprendente de todos. Dios nació como un niño para inaugurar el invertido reino de los cielos, donde los últimos son los primeros. Venció a la muerte y resucitó de la tumba como primogénito en la resurrección, adquiriendo así nuestra vida eterna.

Este revés definitivo, que trastocó principados y potestades, es a lo que apunta en primer lugar el revés de Elisabet. Tener un hijo significaba que ya no la llamarían estéril y eso acabaría con su vergüenza terrenal. Pero el niño en el vientre de María acabaría con la vergüenza eterna de Elisabet. Cuando el saludo de María llegó a oídos de Elisabet, «la criatura saltó en su vientre. Entonces Elisabet, llena del Espíritu Santo, exclamó: "¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el hijo que darás a luz!"» (Lucas 1:41-42). El asombro de Elisabet por Dios aumentó cuando el Salvador del mundo, todavía dentro de un vientre, entró por su puerta en el interior de una virgen. El niño en el vientre de Elisabet saltó, como la esperanza que brota, porque el niño de María había llegado para traernos salvación.

Este Dios nos guía a casa, a los nuevos cielos y la nueva tierra, a una hermosa ciudad-jardín donde ya no existe la muerte. Y hasta entonces, está sembrando vida nueva en ti y en mí. Nuestro Dios nos da algo mejor que nuestros sueños terrenales: se da a sí mismo. ■

REFLEXIONA

Reflexiona sobre un momento de tu vida en el que un sueño o un plan no prosperó como esperabas. ¿Cómo viste a Dios obrando en esa situación?

Piensa en el tema de los grandes reveses de Dios en las Escrituras y en tu vida. ¿De qué manera historias como la de Elisabet te animan a confiar en la capacidad de Dios para lograr resultados sorprendentes y de redención en situaciones aparentemente desesperadas?

LA SORPRENDENTE LLEGADA DE UN SIERVO

Jesús introduce la justicia
a través de la mansedumbre.

POR JONATHAN CHAN

VARÓN DE DOLORES, *cordero llevado al matadero.* Es probable que, en el momento en que se registraron estas palabras en Isaías 53, estos apelativos fueran puramente abstractos. El Israel al que se dirige Isaías enfrentaría el juicio, el exilio y la restauración bajo el cautiverio asirio y la invasión babilónica. Para un pueblo en sufrimiento, las profecías de Isaías proveyeron para la formación de una imaginación mesiánica y la visión de una figura salvífica.

Sin embargo, la primera sugerencia de que esta figura no adoptaría la forma de un revolucionario militar, como algunos podrían haber esperado, se encuentra en la palabra *siervo*, de la palabra hebrea *ebed*, utilizada a lo largo de las Escrituras para connotar de diversas maneras a un esclavo, un rey vasallo, un súbdito y una nación tributaria. La palabra predice un siervo elegido que recibe el deleite del Señor y del Espíritu, y que trae la tan esperada justicia a las naciones.

La mansedumbre, la humildad y la modestia caracterizan desde el principio a Cristo, que vino a este mundo en carne y hueso, como un niño en total vulnerabilidad. Él está cerca de los corazones de todos los que sufren, incluidos los que se enfrentan a la corrosión física y agitación psicológica de la pobreza, el desastre y la guerra. Cristo nació en un mundo que había intentado destruir su carne infantil: la matanza de los Santos Inocentes bajo el régimen atroz de Herodes es prueba suficiente de este quebrantamiento terrenal. Como describe el poeta Czesław Miłosz en su poema *Teodicea*, un mundo que «yace en la iniquidad», donde «hay dolor y la tortura inmerecida de las criaturas». Es un mundo al que el siervo descrito por Isaías debe llevar la justicia.

Sin embargo, esta justicia ha de venir con una delicadeza por excelencia, una fuerza que reside precisamente en la mansedumbre. Una caña que está quebrada es tan frágil que se rompe al menor roce, pero

este siervo no la romperá. Una mecha que apenas arde está a punto de apagarse, pero este siervo la avivará. Es Cristo quien ve la posibilidad y la esperanza para el magullado, para el cansado, para el exhausto.

El teólogo Eugene Peterson explicó una vez en *Cómete este libro* que una metáfora es «una palabra que lleva un significado más allá de su función de nombrar; el "más allá" amplía e ilumina nuestra comprensión en lugar de confundirla». Las metáforas de la caña y la mecha ayudan a iluminar la comprensión de la dificultad humana; las acciones emprendidas por el siervo ilustran cómo Cristo atiende a los humildes. Como describe Dane Ortlund en *Gentle and Lowly*, el instinto más natural de Cristo es acercarse al pecado y al sufrimiento.

Este es el Mesías que el mundo esperaba en medio del silencio de Dios, el cual conmemoramos durante el tiempo de Adviento, en el que cada día está cargado del oscuro misterio de la anticipación.

En el centro de la fe hay una contradicción: un Salvador nacido para morir, un niño cuyo ser prefigura un fin causado por la más cruel de las torturas. Incluso bajo tan indescriptible violencia física, emocional y mental, este siervo no desfallecerá ni se desanimará. La justicia fluirá sobre la tierra, no solo desde los desiertos escarpados conocidos hasta las tierras de la antigua Jerusalén, sino más allá, hasta las lejanas costas que llegan hasta las aguas.

Es una victoria, una realización de la justicia que es alcanzada mediante la servidumbre, una obediencia hasta la muerte (Filipenses 2:8). Es un ejemplo del *Pacientes vincunt* de William Langland: los pacientes salen victoriosos, o quizás, los que sufren vencerán. O como grita la voz imaginada de Cristo en la novela *Silencio*, de Shūsaku Endō: «Nací en este mundo para ser pisoteado por los hombres. Fue para compartir el dolor de los hombres que cargué con mi cruz».

Cristo viene al mundo como un niño que crece en la obediencia y la servidumbre para los que ha sido llamado. El Adviento trae esta oleada de anticipación —una cuna de esperanza— por la llegada del Salvador, por quien se establecerá la justicia en la tierra a través de la humildad de la servidumbre. ■

REFLEXIONA

Considera las metáforas de la caña quebrada y la mecha que arde débilmente. ¿De qué manera puedes ver esperanza y potencial en las áreas de tu vida marcadas por el cansancio y el agotamiento?

Considera la paradoja de un Salvador nacido para morir; un siervo que alcanza la victoria a través del sufrimiento. ¿De qué manera afecta esto a tu comprensión de lo que significa vivir una vida de fe y de servicio?

TIEMPO DE

REFLEXIÓN

Recuerda y reflexiona sobre las numerosas historias de renuevo de esta semana. Deja que preparen tu corazón para el tiempo de Adviento.

¿Con qué historia te identificas más?

DÍA 1 Rey David

DÍA 2 Juan el Bautista

DÍA 3 María

DÍA 4 Elisabet

DÍA 5 Isaías

¿Por qué?

¿De qué manera los relatos de esta semana te permiten ver la obra renovadora de Dios tanto en tu propia vida como a través de la gran narrativa de las Escrituras?

82

TIEMPO DE PRUEBA

«Desde los confines de la tierra
te invoco, pues mi corazón
desfallece; llévame a una roca
que es más alta que yo».

SALMO 61:2

DESPUÉS DE LA CALAMIDAD, DIOS SE ACERCA

La profecía de Jeremías permite vislumbrar la promesa de Adviento.

POR AARON CLINE HANBURY

EL PROFETA JEREMÍAS escribe desde un escenario social, político y espiritual estrecho y oscuro, como caído en un pozo, húmedo y pesado por el peso del lamento. Sus palabras, el mensaje de Dios, coinciden con el tono. Lee cualquier parte de la profecía de Jeremías y verás el tema principal: el fracaso del pueblo de Dios. No cumplieron su parte del pacto que Dios hizo con ellos, y el joven profeta anuncia la respuesta de Dios con una fuerza inquebrantable. Desde el principio, la primera visión de Jeremías establece lo que seguirá: «Desde el norte se derramará la calamidad sobre todos los habitantes de esta tierra» (Jeremías 1:14).

Al igual que Moisés antes que él, al principio Jeremías protesta ante la tarea que Dios lo llamó a hacer, argumentando que su edad lo descalificaba para el llamado (Jeremías 1:6). Según los relatos tradicionales, Jeremías escuchó el llamado de Dios hacia el año 627 a. C., por lo que tenía unos 20 años al comienzo del libro, y pasó 40 años advirtiendo continuamente de una calamidad procedente del norte.

Al igual que en la época de los jueces, el pueblo de Dios se encuentra de nuevo atrapado en un círculo vicioso en el que quebrantan sus compromisos con Dios y buscan vindicación y consuelo en cualquier lugar. Jeremías advierte acerca de la ira de Dios y profetiza cómo responderá Dios a la infidelidad del pueblo.

La calamidad llega en el año 587 a. C., cuando Babilonia destruye Jerusalén, trayendo destrucción repentina a lo que había estado erosionándose durante siglos. Como el diluvio, la destrucción que había sido profetizada arrasa la morada de Dios en la tierra de Israel y deshace lo creado.

Podemos suponer que para una persona como Jeremías, un israelita de la tribu de Benjamín, eran tiempos más terribles que los que vemos en la época de Jueces. Esos tiempos habían ocurrido antes de David, antes del templo. Pero con la destrucción de Jerusalén, el reino

de David fue arrasado por los babilonios. Y Jeremías se encontraba en medio de todo ello.

Jeremías recibe un mensaje de Dios que le dice que no debe casarse ni tener hijos. En este momento de la historia y dentro de esta cultura israelita, no se encuentra ninguna categoría para un hombre soltero y sin hijos. Un erudito del Antiguo Testamento, Joel R. Soza, sugiere incluso que el concepto de soltero es tan incomprensible que no existe ninguna palabra en hebreo para describirlo. La idea es que Jeremías no solo lleva noticias de la tragedia de Israel, no solo se encuentra en medio de esa situación, sino que encarna la soledad de todo ello. Lo que tenía un gran potencial, ahora es estéril.

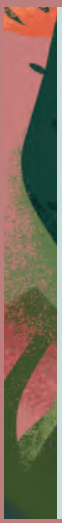
Jeremías 31 es una lectura habitual en la temporada navideña. La familiaridad del pasaje puede hacer que pasemos por alto la fuerza de sus palabras, y que este mensaje que anuncia una nueva esperanza pase por labios agrietados. A veces, los que estamos de este lado de la historia nos limitamos a asentir con respecto a partes de las historias antiguas, pero haríamos mejor en detenernos y examinarlas. Eso forma parte del periodo de espera; eso es parte del Adviento.

Este es el profeta que habita en una tierra llena de infidelidad, que proclama las palabras de juicio más duras de parte de Dios, que las siente y que las soporta el tiempo necesario para decir este mensaje:

> «Vienen días», afirma el Señor,
> «en que haré un nuevo pacto
> con Israel y con Judá» (Jeremías 31:31).

Jeremías le dice a un pueblo abrumado que un día Dios volverá a acercarse. Y esta vez, su ley estará escrita en los corazones, y Él será conocido más allá de toda instrucción. Perdonará y establecerá un nuevo pacto: uno que no depende de las acciones o inacciones de los hombres, uno que iniciará el retorno de la paz y la prosperidad, uno que iniciará el retorno al Edén. Y aunque todavía es tenue, ilumina. ■

REFLEXIONA



Piensa sobre un tiempo en tu vida cuando te sentiste atrapado en un ciclo de infidelidad y promesas sin cumplir, ya sea con Dios o con otros. ¿De qué manera experimentaste la convicción de Dios durante ese tiempo?

La profecía de Jeremías nos permite vislumbrar, en última instancia, la venida de Jesucristo, quien establece un pacto nuevo y eterno mediante su sacrificio. ¿De qué manera saber esto modela tu perspectiva sobre la importancia de la temporada de Adviento y Navidad?

CUANDO ESTÁS LISTO PARA EL REGRESO DE CRISTO

Las pruebas sacan
nuestras prioridades a la luz.

POR KAREN STILLER

HUBO UN TIEMPO DESPUÉS de la muerte prematura de mi esposo en que pensaba que Jesús volvería pronto, y anhelaba su regreso con una urgencia que nunca antes había experimentado. Siempre supe que deberíamos esperar el regreso de nuestro rey, pero lo entendía casi como si se tratara de una obligación. Confieso que mi vida anterior me gustaba demasiado.

Sin embargo, después de la muerte de mi esposo, quería que no hubiera más demoras. Me imaginaba el momento en que llegaría y vería a Jesús y pensaría: «Sí, sí, ahí estás. ¡Fantástico!». Y luego, lo pasaría de largo tan rápido y educadamente como me fuera posible para buscar a mi esposo. (¿Será así? ¿Cómo una sala de espera en un aeropuerto lleno de gente?).

Me imaginé lanzándome a sus brazos otra vez. (Querido Dios, por favor, que sea un poquito así.) Nunca he sentido un anhelo tan profundo. Y sé que esto revela que mis anhelos están desordenados. Es obvio que están desordenados. Me siento un poco mal por esto, pero también sé que puedo confesarlo delante del Dios que conoce a cada uno de nosotros. El Dios sobre el que he aprendido que nos hace más resilientes de lo que pensamos y que nos ha hecho capaces de sentir tanto amor que la pérdida del mismo se siente como un océano de tristeza y lamento.

Por lo general, el tiempo de Adviento no se trata de sentirnos mal acerca de nosotros mismos o acerca de nuestras vidas. Eso sucede más bien en la Cuaresma, el aguafiestas del año litúrgico cristiano. El Adviento se parece más a un amigo que planifica eventos y que está preparando una gran fiesta, haciendo todo tipo de planes fantásticos para el mes siguiente. Esperamos, marcamos los días del calendario y nos preparamos con impaciencia.

Y aquí viene Hageo. Su nombre significa «fiesta», así que es perfecto para el tiempo de Adviento. También era justo lo que necesitaban los israelitas que regresaron del exilio en el año 520 d. C. para animarlos

en el proyecto de la reconstrucción del templo, el cual habían estado descuidando. El templo había caído en la ruina durante su exilio. El gobierno ponía presión para dejar el templo en ruinas, y la gente había centrado sus esfuerzos en arreglar sus propias casas en lugar de en la reconstrucción de la casa de Dios.

Hageo escuchó el llamado de hablarle al pueblo de Dios. Se animó a sí mismo para la tarea y animó a la gente. Exhortó al pueblo a la acción. Se dieron cuenta de que sus prioridades estaban desalineadas y sus anhelos desordenados. Encontraron valor y comenzaron a reconstruir y reparar el templo.

«"¡Manos a la obra, que yo estoy con ustedes!", afirma el Señor» (2:4). Me pregunto si en la vida de un profeta como Hageo llega un momento de alegría. Un momento en el que ven que el mensaje que Dios les dio para proclamar realmente llega a sus oyentes y da en el punto justo. Me pregunto si alguna vez sintieron la satisfacción de haber hecho un buen trabajo.

El sol salió para Hageo y para quienes trabajaban en la obra, y de la misma forma sale para nosotros ahora, cada día cuando la mañana se vuelve tarde y ponemos manos a la obra. Barremos, ordenamos, construimos nuevos templos y reparamos los antiguos. Hay basura que sacar y flores frescas que poner en los floreros. Hay una santidad hacia la cual podemos mirar, de la cual podemos vivir y a la cual debemos aspirar mientras todavía estamos en la espera.

¿Y qué hay de los corazones que anhelan? Ellos también pueden ser una ofrenda. Todos nuestros anhelos serán inundados por el gozo que se sentirá incluso más vasto que el océano de la tristeza. Creemos y esperamos.

Estamos viviendo la tarde de los días más prometedores. Hay mucho más que todavía no ha sucedido. «"Haré temblar a todas las naciones y lo deseado por todas ellas llegará aquí. Así llenaré de esplendor este Templo", dice el Señor de los Ejércitos» (2:7). Ven, Señor Jesús. Ven. ■

REFLEXIONA

¿De qué manera cambia tu perspectiva sobre el trabajo al saber que Dios está contigo en tus tareas y desafíos cotidianos?

El mensaje de Hageo sobre la reconstrucción del templo trae consigo un mensaje acerca de alinear nuestras prioridades con el Reino de Dios. ¿De qué maneras notas que priorizas preocupaciones temporales sobre tus inversiones espirituales?

EL HORNO DE TRANSFORMACIÓN DE ZACARÍAS

Lo que el silencio y la soledad producen en el alma.

POR CHRISTINA GONZALEZ HO

ES TENTADOR DESESTIMAR A ZACARÍAS como un tonto por dudar acerca del mensaje de Gabriel. Después de todo, si es posible que un arcángel aparezca, ¿por qué no sería posible un embarazo milagroso? Seguramente Zacarías, como sacerdote, conocía la historia de Abraham y Sara, quienes también tuvieron un hijo en su vejez. Sin embargo, sabemos que el sentido de la lógica puede hacerse insignificante cuando uno se enfrenta a la desilusión o el dolor, y en el caso de Zacarías, el dolor había estado presente durante décadas.

«Ha sido escuchada tu oración», le dijo el ángel; una oración que seguramente hacía tiempo que había dejado de orar cuando la esperanza de tener hijos desapareció junto con la fertilidad de Elisabet (Lucas 1:13). Después de eso, muy probablemente Zacarías se habría resignado a aceptar la realidad: no tenía hijos, y nunca los tendría. Ni la visita de un ángel irrumpiendo esa realidad pudo cambiarla completamente. Después de tantos años de tristeza y desilusión, Zacarías tuvo dudas.

Hace un tiempo, mi esposo y yo pasamos por la experiencia de un aborto espontáneo. Cuando quedé embarazada de nuevo unos meses después, luché con el temor todos los días. Cada vez que sentía una punzada, sentía miedo de que fuera el presagio de algo peor, dolor punzante, sangrado repentino, pérdida inevitable e irreversible. Me resultaba difícil, casi imposible, creer que realmente iba a tener un bebé. Una tarde, mientras estaba sentada en el sofá luchando con oleadas persistentes de ansiedad, le pedí a Dios que me diera una señal clara de que el embarazo llegaría a término. Si este bebé va a nacer sano, que alguien llame a nuestra puerta en este instante. Sin embargo, incluso mientras oraba, sabía que ninguna señal podría disipar mi ansiedad. La experiencia de la pérdida todavía se sentía muy cercana. ¿Y si hubiera visto un ángel de verdad? Quién sabe. Pero nunca he esperado por algo durante tanto tiempo como Zacarías.

Zacarías escuchó que Gabriel le dijo: «Pero como no creíste en mis palabras, las cuales se cumplirán a su debido tiempo, te vas a quedar mudo» (v. 20). Más adelante, leemos que Zacarías también había quedado sordo (v. 62). Esto suena como un castigo. Perder repentinamente la capacidad de hablar o escuchar es quedar aislado de otros, es ser forzado a la soledad. Como Henri Nouwen escribe en *The Way of the Heart:* «El silencio completa e intensifica la soledad». Y a pesar de eso, las Escrituras no presentan el silencio y la soledad como formas de castigo, sino más bien como invitaciones.

La soledad, escribe Nouwen, es «el horno de la transformación». En el silencio, desprovisto de cualquier accesorio o apoyo terrenal, somos obligados a enfrentar de forma personal esa «sensación de vacío que tanto tememos». Esta vulnerabilidad insoportable es la que se convierte en la puerta a la presencia de Dios, al lugar donde nos rendimos a su amor. Este es el tipo de soledad que Zacarías fue obligado a experimentar por medio del silencio, la soledad que Moisés vivió durante 40 años en el desierto, y la que Jesús vivió cuando fue tentado en el desierto.

Sin la distracción de su propia duda, y sin una voz para expresarla, Zacarías no tuvo otra opción más que prestar atención. En el silencio, Dios le habló de nuevo, y esta vez creyó. Cuando Zacarías finalmente recuperó el habla meses después, lo hizo para profetizar acerca del Mesías en un cántico lleno de asombro, fe y amor. En el silencio, Zacarías fue transformado; de ser un hombre resignado, pasó a ser un hombre lleno de esperanza.

El silencio, la espera y rendir el control son experiencias que causan dolor antes de impartir vida. Sin embargo, la promesa del Evangelio es que un día vendrá la vida. Hasta que llegue ese día, seguimos esperando, como Zacarías y como Elisabet, que las promesas de Dios se cumplan. Ayúdanos, Señor, a rendirnos a ti en el silencio y la espera, para que nosotros también seamos transformados. ■

REFLEXIONA

Piensa en el papel del silencio y la soledad en tu vida espiritual. ¿Cómo pueden esos periodos de silencio convertirse en oportunidades para una transformación e intimidad más profunda con Dios?

Piensa en cómo la historia de Zacarías muestra la forma en que rendir el control es un proceso doloroso pero que da vida. ¿Cómo puedes rendir el control en manos de Dios en tu vida diaria?

CÓMO LA INSEGURIDAD FRUSTRA UN REINO

La violencia de Herodes
revela la futilidad del poder terrenal.

POR RYAN KEATING

FUERON UNOS ASTRÓLOGOS «del Oriente» quienes informaron a Herodes de que en su territorio había nacido un heredero al trono judío (v. 1). Deben haber hecho un viaje muy largo, y me pregunto si tenían idea de la clase de hombre que era este rey. Me imagino a Herodes haciendo esperar a sus visitantes afuera, al sol, mientras él terminaba su almuerzo. Y cuando por fin escuchó el relato del presagio de una estrella que señalaba el nacimiento de un rey, le resultó difícil procesar el significado de la historia.

Mateo nos dice que «toda Jerusalén» sintió la agitación en el alma de Herodes, donde la inseguridad y el desprecio consumían la estabilidad y la razón (v. 3). Los pistones mortales de la conspiración se agitaban, alimentados por una reserva de miedo que él no habría sido capaz de reconocer, pero que seguramente habrá escapado de su expresión y tono como un vapor que resultaba evidente para cualquier persona a su alrededor.

Recibió la noticia del libertador elegido de Dios como una amenaza. La existencia de un pequeño, legítimo y mesiánico rey de Israel se sintió como un ataque a la identidad que Herodes había construido para sí mismo, que no era más que una frágil torre de poder y prepotencia. Y la urgencia de su arrogancia y debilidad fue la única justificación para blandir la violencia de su gobierno para matar bebés a plena luz del día.

Los sabios se negaron a participar en su complot. Eran hombres más sabios de lo que Herodes creía, lo cual no es ninguna sorpresa. Su orgullo y odio le impedían ver realmente a los demás por lo que eran: toda su energía interna estaba gastada en convencer al mundo de que él era tan grande como imaginaba que debía ser.

Después de visitar a Jesús, los sabios huyeron de regreso a su país. Es escandaloso y maravilloso que estos extranjeros fueran los primeros en adorar a Jesús en el relato de Mateo. Aunque a veces de forma sutil y subversiva, Mateo destaca la inclusión radical de las naciones en

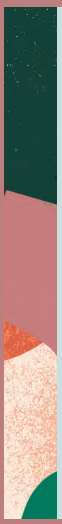
el nuevo pueblo de Dios a lo largo de su evangelio. De hecho, muchos de mis amigos de lugares como Irán, Azerbaiyán y Kazajistán quieren reivindicar a los sabios como originarios de su patria.

La versión de Mateo de estos hechos también revela un paralelismo con la historia del Éxodo del Antiguo Testamento. Al igual que Herodes, el faraón había ordenado la matanza de bebés en un intento desesperado por eliminar una supuesta amenaza a su poder. La astucia de Sifrá y Fuvá, las parteras sabias cuyos nombres merece la pena recordar, frustró su malvado plan (Éxodo 1:15-21). Y Moisés, el libertador escogido por Dios, fue rescatado y criado en el exilio, que era, por supuesto, el plan de Dios desde el principio.

Yo vivo como exiliado en la isla de Chipre. Fui deportado injustamente de mi antiguo hogar por un dirigente que me considera una amenaza para la seguridad nacional. No quiere que se difundan las buenas nuevas de la liberación de Dios. No puede ver la sabiduría de nuestro trabajo de cuidado a los refugiados. Y no puede ver la bondad de las personas a las que servimos. Sin embargo, ahora, siete años después, puedo ver la mano de Dios moviéndonos para completar un plan mayor. Y estoy aprendiendo a centrarme en lo bueno del plan, y en la bondad de Dios, incluso cuando me llaman a oscuras oficinas gubernamentales para responder a falsas acusaciones en nuestro nuevo hogar también. Su reino se acerca.

Imagino que José y María estaban demasiado inspirados por la grandeza de su Hijo como para dejar que sus vidas se llenaran de amargura hacia Herodes y la oscura política del mundo que los rodeaba. Había días que redimir y largas tardes para unirse a la espera de la renovación de todas las cosas, incluso mientras recorrían el largo camino de vuelta desde Egipto y veían a Jesús sufrir marginación, falsas acusaciones y persecución. Al final de nuestros largos días de espera, todos nos unimos a los sabios en adoración. ■

REFLEXIONA



Piensa en el contraste entre las respuestas de Herodes y de los sabios a las nuevas de Jesús. ¿De qué manera puedes identificarte con alguno de estos personajes en tu propia vida?

¿Alguna vez has sufrido persecución, te has sentido marginado o te han tratado injustamente por tu fe o tus creencias? ¿Cómo has respondido a esos desafíos?

PERSEGUIR EL MILAGRO

El llamado de José a la obediencia en medio de lo mundano.

POR COURTNEY MOODY

EL SUDOR RESBALA por la frente de José y cae sobre el polvo del camino. El sol de la tarde se refleja sobre su espalda y sobre el paisaje arenoso. Una piedra se ha incrustado en su sandalia. Le encantaría detenerse y sacársela antes de que se le forme una ampolla, pero aún quedan muchos kilómetros por recorrer, y María por fin ha calmado a Jesús, que ahora tiene dos años, y ha hecho que vuelva a dormir después de que el burro se asustara por una serpiente.

No hace mucho tiempo, la vida parecía maravillosa más allá de sus mejores sueños. Habían sido bendecidos con regalos extravagantes de varios sabios que siguieron la estrella de Dios desde el Oriente para ver a Jesús. El Mesías había llegado. María y José habían sido especialmente elegidos por Dios. Era fácil suponer que Jesús se acordaría de sus padres terrenales cuando llegara el momento de derrocar al gobierno y establecer un nuevo reino.

Entonces, llegó la advertencia en otro sueño. A pesar de haber hecho todo por obedecer y explicarle a María su repentina necesidad de huir de la seguridad de su ciudad natal, José debió de hacerse preguntas a cada paso que daban hacia Egipto. ¿Qué había pasado con el milagro? Si Herodes amenazaba al Hijo de Dios, ¿por qué Dios no lo sacaba del camino? ¿Qué debían interpretar de todos esos sueños y apariciones de ángeles?

Siempre me siento animado en esta época del año, no solo por la Natividad, sino por los muchos días que la rodean y que componen el tiempo de Adviento. Tener fe es fácil cuando estamos en medio de un gran avance: esa increíble oferta de trabajo, un informe médico milagroso, la provisión divina. Pero cuando la vida vuelve a lo mundano, tener fe puede convertirse en un desafío. Mantener la alegría mientras volvemos al trabajo, a lavar los platos y la ropa, y a las muchas otras tareas que desordenan nuestras vidas se convierte en la verdadera prueba de fe. Esto es especialmente cierto cuando la prueba real y severa llega justo después del milagro.

Los ataques suelen llegar justo después de una cima espiritual y nos colocan en nuestro propio camino a Egipto, llamándonos a poner a prueba nuestra confianza en el Señor. Se produce un milagro que nos recuerda sobre la maravillosa presencia de Dios, y luego viene la zambullida en la dificultad y la incertidumbre. Nos encontramos haciéndonos las mismas preguntas que probablemente se le habrían ocurrido a José: ¿Qué pasó? ¿Por qué Dios no arregla esto? ¿Realmente recibí un mensaje de Dios?

Las preguntas son naturales. Pueden llevarnos a profundizar en nuestra fe. Cuando llevamos nuestras preguntas a Dios, Él se acerca con consuelo y respuestas. Cuando José miró a María, vio también a Jesús: la promesa del ángel que se le había aparecido. El Verbo de Dios hecho carne. Respirando. Inquieto. La prueba tangible de que Dios cumplía y cumpliría.

Por medio de la obediencia de José, Dios pondría a salvo a la familia en Egipto. Con el tiempo les llegaría la noticia de lo que había ocurrido en Belén y se convertiría en un testimonio de la intervención divina. Mientras permanecían allí, Jesús crecería. Emanuel estaría con ellos, recordándoles la presencia eterna de Dios y sus promesas. Despertarse y sentarse a comer con Jesús por la mañana les recordaría la fidelidad de Dios y, finalmente, saldrían de Egipto y se cumpliría la profecía de Oseas.

Cuando nos encontramos bajo el sol abrasador del sufrimiento o de la prueba, preguntándonos qué pasó con los milagros, puede que nos encontremos luchando incluso en nuestra obediencia. Tal vez nuestras preguntas parezcan una tormenta de arena que oscurece la guía de Dios.

No obstante, así como José podía volver su mirada al Hijo de Dios en busca de aliento, nosotros también podemos hacerlo. Encontramos consuelo en las promesas cumplidas del primer Adviento. Aunque el camino hacia nuestro propio Egipto nos parezca largo y lleno de sudor y piedras, Jesús es Emanuel, «Dios con nosotros». En obediencia, podemos seguir caminando con los ojos puestos en Él, sabiendo que las frescas brisas del atardecer un día llegarán y que los milagros no han hecho más que empezar. ■

REFLEXIONA

Piensa en la obediencia de José al llamado de Dios para huir a Egipto. ¿Qué desafíos o dudas pudo haber enfrentado durante este viaje?

Reflexiona sobre alguna ocasión en la que hayas experimentado una victoria espiritual seguida de una prueba o desafío. ¿Cómo lo superaste? ¿Qué aprendiste sobre tu fe en esos momentos?

TIEMPO DE

REFLEXIÓN

Recuerda y reflexiona sobre las historias de prueba de los devocionales de esta semana. Imagínate a ti mismo en esos escenarios.

¿Con qué historia te identificas más?

DÍA 1 Jeremías

DÍA2 Hageo

DÍA 3 Zacarías

DÍA 4 Herodes

DÍA 5 José

¿Por qué?

¿Qué lecciones sobre la fidelidad, la resistencia y la confianza en el plan de Dios puedes extraer de sus historias para navegar tus propias pruebas y dificultades? ¿Qué pasos puedes dar esta semana para fortalecer tu fe en la soberanía de Dios en medio de las pruebas?

83

TIEMPO DE REVELACIÓN

«Porque en ti está la fuente
de la vida y en tu luz
podemos ver la luz».

SALMO 36:9

LA GRAN LUZ DEL FUTURO

Isaías profetiza
la espera del Adviento.

POR MORGAN MITCHELL

DESPUÉS DE LAS HORAS DE CALOR, el atardecer nos llama con su suave luz y su agradable frescura. Las últimas horas rompen el día como un huevo para revelar la yema dorada del sol poniente. Sería enrevesado tratar de explicar la oscuridad sin describir la luz; probablemente sea imposible, ya que la luz se vislumbra en el horizonte incluso en los momentos más oscuros.

Sin embargo, el profeta Isaías se había despertado con el alba. Era un profeta de Judá que ejerció su ministerio durante el reinado de cuatro reyes; descendiente de una familia de rango y estatus; un hombre de familia; alguien que tenía un espíritu dispuesto a hacer aquello para lo que el Señor lo había llamado. Encargado de ser portavoz de Dios, hablaba con fuerza profética aunque sus palabras cayeran en oídos sordos y se le irritara la garganta.

Su obra y sus escritos contienen algunas de las palabras más profundas de todas las Escrituras, que se hacen eco de temas como la santidad, la justicia, la lealtad, la confianza, la rectitud y la esperanza. Las palabras que leímos hoy en Isaías 9:2–7 revelan destellos de esta verdad, reflejando el contraste entre la luz y la oscuridad, la esperanza y el desaliento, el honor y la afrenta.

Este contraste está prefigurado incluso en los nombres que Isaías da a sus hijos: el primero se llama Sear Yasub, o «un remanente volverá», y el segundo Maher Salal Jasbaz a manera de advertencia, «pronto al saqueo, presto al botín». Se trata de un juego de equilibrios que no se contradicen ni se anulan entre sí, sino que dan cuerpo al tema hacia el que nos dirige esta historia unificada a lo largo de la temporada de Adviento (7:3, 8:1).

En palabras simples, no es posible explicar las tinieblas sin describir la luz. «El pueblo que andaba en la oscuridad ha visto una gran luz; sobre los que vivían en tierra de sombra de muerte una luz ha resplandecido» (v. 2).

Cuando nos alejamos de Dios, hay una oscuridad espiritual que nos persigue y nos sobresalta. Cuando Dios obra de una forma asombrosa en nuestros corazones, empezamos a redirigirnos, a redireccionarnos, a reorientarnos hacia la luz, y la encontramos tan real, tan sustentadora, que la noble tripulación del Viajero del Alba de C. S. Lewis la llamó «potable». Comenzamos a experimentar la bondad de lo que está por venir como «luz potable», y esa brecha en las nubes, la luz del sol en nuestra espalda, alimenta el tamborileo hacia la libertad, una libertad que viene de alinear nuestros valores, lealtad, obediencia, deleite y esperanza con un Dios de amor inquebrantable.

Isaías sabía que Belén sería el lugar donde Dios haría el dobladillo de las vestiduras de la eternidad. Este «Príncipe de Paz» experimentaría un día la forma más verdadera de oscuridad imaginable —una oscuridad que nadie más podría soportar— para que nosotros pudiéramos caminar en la luz.

Isaías previó una luz futura y dio la bienvenida al amanecer que un día rompería tras una larga y oscura noche, arrojando rayos de esperanza 700 años en el futuro. Vio a un heredero radiante que vendría como un campesino, aunque fuera el Mesías. Jesús hace brillar una luz más allá de la noche, despierta al alba y marca el rumbo de una historia de redención: un bebé que crece para convertirse en un hombre que experimentaría la verdadera oscuridad, para que nosotros, con los ojos adormecidos, podamos contemplar la luz eterna. ■

REFLEXIONA

Isaías profetizó sobre una luz futura que amanecería sobre los que caminaban en tinieblas. ¿De qué manera la imagen de la luz que irrumpe en las tinieblas resuena con tu propio camino de fe y tus experiencias de vida?

Jesús es descrito como «Consejero Admirable, Dios Fuerte, Padre eterno, Príncipe de Paz». ¿Cómo impactan estos nombres tu visión de quién es Jesús en tu vida?

EL FRUTO Y EL FUEGO DEL ESPÍRITU

El encuentro de María con el poder de Dios revela el arco de la obra del Espíritu Santo.

POR ALYSSA STADTLANDER

PUEDO IMAGINARME A MARÍA frotándose los ojos frente a la luz proyectada por el ángel en la puerta, la fosforescencia filtrándose a través del aire polvoriento y oscuro de su habitación.

Algunos días, imagino que el ángel se le aparece como un muchacho más o menos de su edad, mirándola con ojos muy abiertos y curiosos y la cabeza ladeada, sonriendo mientras pronuncia las buenas nuevas que le fueron dadas. Otras veces, imagino al ángel como una abuela mayor, arrodillada ante ella y apartándole el pelo de los ojos, consolándola como lo haría una madre al darle una noticia que está a punto de cambiarlo todo. Otras veces, el ángel es simplemente un destello de luz, una columna de fuego en el desierto, mientras María parpadea, tratando de asimilar el mensaje que inunda su habitación, sabiendo que todos los momentos de su vida girarán en torno a este; habrá un antes y un después. «¿Cómo será esto?», pregunta María (v. 34).

Como respuesta, las palabras milagrosas del ángel se deslizan en el aire cálido: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Así que al santo niño que va a nacer lo llamarán Hijo de Dios... Porque para Dios no hay nada imposible» (vv. 35,37).

Y de repente, algo sucede, lleno de vida y gloria terrenal: de alguna manera, la presencia de Dios forma lo que es nuevo y real dentro del vientre de María.

La primera vez que entendí estas palabras, lloré. Desesperada por sentir algo de *El Roi*, el Dios que ve, ansiaba vislumbrar al Espíritu Santo viniendo sobre mí, los brazos del Altísimo acunando mi pequeño cuerpo acurrucado en el sofá de mi apartamento universitario. Imaginaba mi propia esperanza, llena de luz, de que Dios realmente me veía y me infundía un propósito; de que yo merecía el esfuerzo de que Dios se acercara a mí.

¿No es esto lo que Dios hace siempre?, ¿cultivar nuevas misericordias de una fuente de abundancia, una sombra de su Espíritu y una palabra de cambio? El propio poema de la creación comienza con estas líneas, un presagio del reino venidero:

> La tierra no tenía forma y estaba vacía, las tinieblas cubrían el abismo y el Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas. Y dijo Dios: «¡Que haya luz!». Y la luz llegó a existir (Génesis 1:2–3).

Esta declaración sencilla e imposible que llama a la luz de las tinieblas persiste, decretada por un Espíritu que, incluso ahora, se mueve en nuestro favor. El mismo Espíritu que iluminó el primer cielo, que se convirtió en columna de fuego en el desierto y que derramó una presencia inquebrantable en profetas, sacerdotes y reyes.

El mismo Espíritu que cubrió con su sombra a una joven de Nazaret y creó algo sagrado dentro de su vientre; el mismo Espíritu que 30 años después resucitó al hijo de esa joven, el Verbo de Dios hecho carne; el mismo Espíritu que desató lenguas de fuego sobre la humanidad para iluminar nuestro camino, para que todos —gentiles y judíos, esclavos y libres, hombres y mujeres— pudiéramos ver juntos la belleza y la presencia de Dios; ese mismo Espíritu vive en ti también.

En medio de nuestras propias incertidumbres, mientras afrontamos la noche que se acerca, nuestros cuerpos —como el de María y como el de Jesús— tienen la capacidad de contener el poder del Altísimo que, incluso ahora, se cierne sobre la faz de las aguas profundas dentro de nosotros, y abre nuevos caminos en los lugares que hemos considerado imposibles.

Que en este tiempo de Adviento resonemos con las palabras de aceptación de María —«Que él haga conmigo como me has dicho» (Lucas 1:38)— y prestemos mucha atención cuando el Espíritu nos llene de poder y amor. Que nos sentemos a la entrada de nuestra alma y nos maravillemos mientras el sol se pone y esperamos la luz prometida. Que sintamos arder la columna de fuego dentro de nosotros. ■

REFLEXIONA

María responde a Gabriel con fe y entrega, diciendo: «Que él haga conmigo como me has dicho». ¿Cómo puede inspirarte la respuesta de María en momentos de incertidumbre o cuando te enfrentas a desafíos inesperados en tu propia vida?

¿Cómo puede el encuentro de María con el ángel preparar tu corazón para recibir de nuevo a Jesús en tu vida? ¿Qué prácticas puedes adoptar durante la temporada de Adviento para cultivar un sentido de expectación y preparación para la venida de Cristo?

NOCHES INQUIETAS Y LLAMADOS RENOVADOS

Cuando José luchaba contra la ansiedad,
la claridad vino de Dios.

POR GEORGE SWEETMAN

LA GENEALOGÍA AL FINAL del capítulo 1 de Mateo es curiosa, ¿verdad? Después de una larga y, para muchos, aburrida lista de nombres y linajes, la historia termina con la noticia del escandaloso embarazo de María y con José lidiando con una difícil decisión: avergonzar públicamente a María (¡con la consiguiente posibilidad de su muerte!) o divorciarse de ella en silencio, pero probablemente para terminar en una vida de desdicha y soledad.

Hay noches en las que me dejo caer en la almohada con la mente llena de pensamientos inquietos y tóxicos que hacen que mantenga mis ojos en el techo blanco en vez de obtener las horas de sueño que tanto necesito. Sin embargo, lo que ocupa mi mente no es nada comparado con lo que José tuvo que afrontar al recibir la noticia de que María estaba embarazada. Sus días debieron de estar llenos de una tristeza paralizante por el sentimiento de traición, y sus noches sin sueño lo hicieron dar vueltas en la cama mientras se enfrentaba a lo que parecía reducirse a solo dos opciones. Imagínate: estás entusiasmado con la perspectiva de casarte, estás pasando por la fase de los esponsales —más que un compromiso, pero todavía no un matrimonio— y trabajas con diligencia para asegurarte de que todo está listo para una boda que incluirá amigos, familia y días de comida, bebida y celebración, solo para que meses antes del gran día te digan que vas a ser padre y que, por cierto, el bebé no es tuyo (¡por supuesto!), ¡ni siquiera de otro hombre!

Cuando José consigue por fin conciliar el sueño después de haber reflexionado sobre el dolor de su inminente decisión salomónica, es visitado en sueños, y el sueño cambia su vida. Un mensajero de Dios se le aparece y le susurra: «José, hijo de David, no temas recibir a María por esposa, porque ella ha concebido por el poder del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mateo 1:20–21).

Esta es la cuestión: José es un simple carpintero, no es ningún aprendiz de rabino. Sin embargo, es un judío fiel, que acude al templo en los días sagrados, observa las fiestas y los ayunos, y tiene algún conocimiento de las Escrituras hebreas gracias a la formación que recibió en su juventud. El anuncio del ángel de la presencia del Espíritu Santo podría haber tenido algún sentido para él. Y, sin embargo, lo que escucha en su sueño más profundo esa noche le hace tomar medidas trascendentes y reorientar todo el curso de su vida. Cuando José despierta, ya sabe qué hacer. ¿La duda persiste? ¿Cómo no? ¿Sigue confundido? Probablemente. ¿Empieza a calcular el costo que tendrá su obediencia a Dios con respecto a su reputación? Probablemente. Pero José no vacila.

La obra del Espíritu —la que comenzó en la creación del cosmos, que continuó a través de los reyes y los profetas tal como se relata en los primeros rollos, y que sostuvo el mundo antiguo— debe continuar. Debe nacer. Y el niño, «Jesús» —no un nombre único para esa generación o época, sino uno con la promesa inconmensurablemente importante de que *salvará a su pueblo de sus pecados*— será recibido y cuidado por su padre terrenal y presentado al mundo.

Tras noches de lucha bajo un manto de fatalidad que oscurecía el futuro de su familia, José se levanta esa mañana con un llamado renovado y un mensaje de Dios que descansa sobre sus hombros. El amanecer de un nuevo día ha comenzado. Hay una promesa del amanecer de una nueva vida. El amanecer de una nueva creación está a punto de abrirse paso. La oscuridad de la noche se ha disipado. Todo ha cambiado. ■

REFLEXIONA

Considera la metáfora del amanecer tras una noche de lucha e incertidumbre. ¿De qué manera has experimentado la fidelidad de Dios, que trae nuevos comienzos o perspectivas frescas después de temporadas de oscuridad o dificultad?

La obediencia de José al mensaje de Dios cambió por completo el curso de su vida. ¿Puedes pensar en alguna ocasión en la que tu obediencia a la dirección o al llamado de Dios haya resultado en cambios significativos en tu vida o en un cambio en tus prioridades?

EL TESTIMONIO ETERNO DE LOS PADRES DE JESÚS

Al convertirse en padres, José y María reciben un corazón tierno.

POR CALEB SAENZ

TODAVÍA RECUERDO nuestro primer viaje a casa como familia después de que naciera mi hija. No sé si alguna vez había conducido con tanto cuidado o tan despacio como cuando salimos del hospital. Llevábamos casi un año esperando ese momento, pero a pesar de todas las citas médicas, los libros, las clases y la redecoración, nada me había preparado para el cambio repentino y colosal que había experimentado. Me había convertido en padre. La seguridad del hospital desaparecía por el retrovisor, y cada kilómetro que pasaba me adentraba más en una realidad completamente nueva.

Lo complicado de ser padre es que recibes un cambio de identidad antes de saber realmente qué hacer con ella. Me convertí en padre cuando escuché llorar a mi hija por primera vez. Ahora tiene diez años y, en muchos sentidos, sigo convirtiéndome en su padre. Lo que al principio podía parecerme como un síndrome del impostor se ha convertido en una parte indeleble de lo que soy. La fidelidad a través de los éxitos y los fracasos ha dado el fruto de ese cambio.

A menudo pienso en esta experiencia cuando leo sobre José. Mateo lo describe como un hombre justo, que daba prioridad al cuidado de su prometida y a la obediencia a la ley de Moisés. Cuando se entera de que María está embarazada (antes de que estuvieran casados y pudieran concebir), la respuesta de José indica que mantiene su rectitud incluso por encima de su angustia, ya que probablemente sospecha una infidelidad. Sin embargo, cuando se dispone a divorciarse discretamente para evitarle a María la vergüenza pública, un mensajero de Dios interviene mientras José sueña una noche. El niño en el vientre de María es obra del Espíritu Santo, le dice, y este hijo salvará al pueblo de Dios de sus pecados. El sueño termina y José adquiere una nueva identidad y, con ella, un nuevo mundo. Puede que se fuera a la cama con el corazón roto, pero se despierta como un esposo y padre comprometido.

La experiencia de María es el punto central de los otros tres relatos del evangelio, y ofrecen una vívida descripción de lo que significa para ella responder fielmente a la palabra de Dios. Nuestra experiencia con el Espíritu Santo sigue una trayectoria similar. La gracia nos cambia para siempre en lo más profundo de lo que somos, y la nueva vida que llevamos dentro debe manifestarse como un testimonio tangible. Cultivamos y cuidamos lo que hay en nuestro interior para que pueda salir y servir al mundo que nos rodea.

En el evangelio de Mateo, José nos presenta un punto de vista diferente. Mientras María alimentaba la vida que llegaría a su revelación externa, José es llamado como padre a ser testigo de algo fuera de sí mismo que un día ocuparía el centro de su corazón.

Tras el mensaje que recibió en su sueño, toda la vida de José se convierte en una expresión de espera. La promesa del mensajero de Dios no contenía detalles ni fechas. José va a ser el padre terrenal de Jesús, pero su decisión de recibir ese llamado no es tanto una aceptación de una sola vez como una decisión diaria de seguir adelante con su nueva identidad y las responsabilidades que conlleva.

No intentaré hablar en nombre de la Biblia en su silencio, pero conocemos las realidades de la paternidad que José podría haber experimentado. Podemos imaginarnos su corazón llenándose de gozo al oír las primeras palabras de Jesús. Podemos imaginar a José sufriendo con Jesús, mientras el Hijo lloraba por su primera herida o rasguño. José, justo y obediente, llamado a la paternidad en sueños, seguramente estaba aprendiendo a ser padre mientras veía a Jesús soñar plácidamente mientras dormía. Este hombre humilde que perseguía a un niño pequeño que corría torpemente por su casa un día seguirá con orgullo a un rey triunfante y resucitado.

El tiempo de Adviento nos muestra que hay una carga y una belleza que llega al despertar. Los que han visto una gran luz tienen la responsabilidad de administrar la nueva vida. Sin embargo, lo que está dentro de nosotros también actúa a nuestro alrededor. Todas las cosas son hechas nuevas. José nos enseña que los que esperan también serán testigos. ■

REFLEXIONA

Reflexiona sobre la idea de despertar a nuevas responsabilidades y llamados. ¿Cómo resuena este concepto con tus propias experiencias de crecimiento y transformación espiritual?

La paternidad a menudo implica abrazar una nueva identidad. ¿Cómo puede el viaje de María y José animarte en tu propio papel, independientemente de los desafíos a los que te enfrentas?

PRESENCIAR EL CUMPLIMIENTO DE UNA PROFECÍA

Seamos testigos de la obra de Dios
a través de los ojos de Simeón.

POR LILY JOURNEY

Las visiones proféticas se fragmentaron en la mente de Simeón en una fracción de segundo mientras una adolescente y un joven subían las escaleras del templo con su hijo. Las imágenes de lo que había sido y lo que vendría, contenidas en esta familia que venía a su encuentro.

Guerra y rumores de guerra.
Paz y un banquete de bodas.

Un trozo de pañal de lino.
Velos de lino del templo rasgados por la mitad.

Los gemidos de una joven judía dando a luz en un establo.
Las mejillas cubiertas de lágrimas de una madre arrodillada ante una cruz.

Cada imagen señalaba el cumplimiento de la promesa que había esperado toda su vida: un Mesías que daría paso a un reino al revés, un mundo en el que los mansos serían fuertes y los ricos se convertirían en pobres. Tal vez Simeón se rio ante la ironía de lo que tenía ante sus ojos. Un bebé diminuto con la fuerza de apagar la muerte, y una pareja empobrecida presenciando la mayor coronación de la historia. Esta es la bendición que Simeón daría al Dios-niño mientras sus manos callosas lo sostenían: la bendición de la paradoja, porque Él sería el ascenso y la caída de muchos israelitas.

Lucas no escribe mucho sobre Simeón más allá de describirlo como un hombre «que era justo y devoto» (v. 25). No se nos ofrece la historia detallada del día en que Simeón conoció a Jesús, y las omisiones dejan un amplio margen para imaginar lo que Simeón experimentó durante ese momento que había esperado por tanto tiempo. ¿Qué sintió al esperar durante todos esos años? ¿Sintió alguna vez la tentación de acelerar el proceso, de buscar al Salvador de otra manera?

Cuando miramos a través de los ojos de Simeón, nos damos cuenta de que la promesa del Adviento es a la vez lenta y misteriosa. Requiere tanto esperar como preguntarse. Personalmente, no se me da muy bien la lentitud. Tiendo a pasar el Adviento a la carrera junto con el resto del mundo, marcando obedientemente los días en mi calendario de diciembre; me apresuro al pasar por las partes misteriosas o confusas; llego a la «Noche de paz» a la luz de las velas y a los regalos festivos. Me apresuro, como si cuanto menos piense en la arenilla de Belén, más pudiera disfrutar de las luces parpadeantes, los árboles de Navidad y otras tradiciones. Mi impaciencia es una forma de resistirme a las preguntas persistentes.

Pero entonces me acuerdo de Simeón. Simeón esperó. Y esperó. Al igual que muchos otros profetas de la Biblia, Simeón vivió en la paradoja del Adviento durante años. A diferencia de mí, que tengo un calendario que me regala un chocolate cada día, Simeón no tuvo el lujo de una cuenta regresiva ni la facilidad de saber cómo terminaría la historia. Simplemente se sentía cómodo con la única cosa que sabía: que Dios cumpliría lo que había prometido.

Nosotros, como Simeón, esperamos en las sombras de la tarde, entre la obra salvadora de Jesús en la cruz y la redención definitiva de su segunda venida. El escándalo de la historia de Navidad es que invierte nuestra visión del mundo y nos ofrece una nueva forma de verlo. Al hacerlo, exige que renunciemos a nuestra tendencia a precipitarnos y a racionalizar. ¿Cómo cambiaría para nosotros la historia de Navidad si nos dejáramos envolver por la profundidad radical de todo ello, de un niño que trae «caída y levantamiento» (v. 34)? ¿De la divinidad entremezclada con el caos cotidiano de la humanidad? Si nos detuviéramos por un momento, ¿qué dolores, preguntas y promesas saldrían a la superficie? El tiempo de Adviento nos invita a imitar la postura de Simeón, con una espera y reflexión paciente. ■

REFLEXIONA

Como Simeón, ¿de qué manera puedes cultivar una postura de espera paciente y de asombro en tu propio camino espiritual, especialmente durante el tiempo de Adviento?

Reflexiona sobre las «sombras de la tarde» descritas en el devocional. ¿Cómo experimentas la tensión entre las realidades presentes del sufrimiento y la promesa futura de la redención?

TIEMPO DE

REFLEXIÓN

Recuerda y reflexiona sobre los relatos de esta semana acerca de la revelación divina de la presencia de Dios en la vida de aquellos a quienes ama.

¿Con qué historia te identificas más?

DÍA 1 Isaías

DÍA 2 María

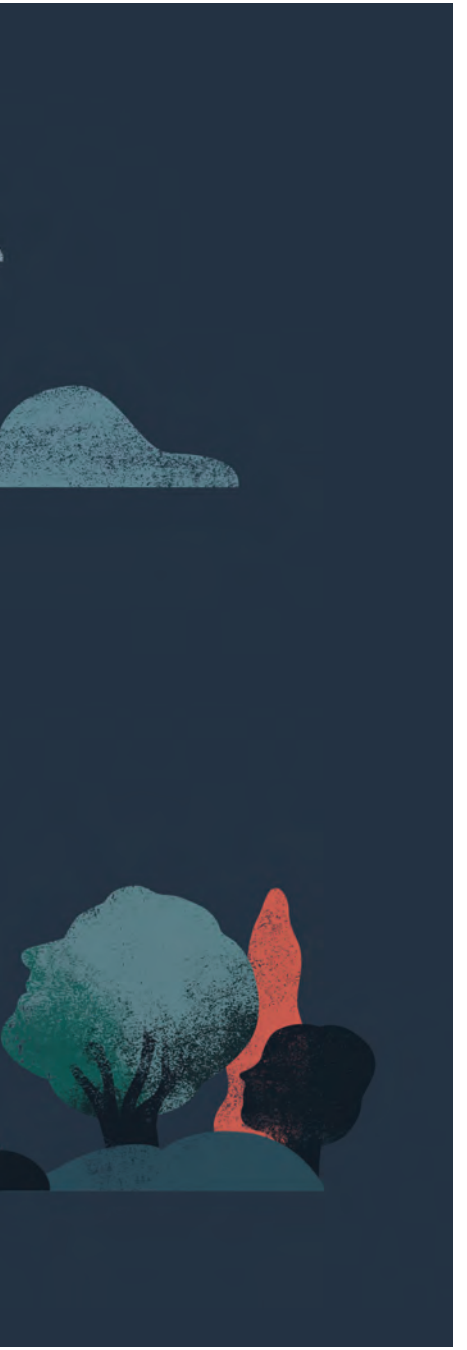
DÍA 3 José

DÍA 4 María y José

DÍA 5 Simeón

¿Por qué?

¿Cómo pueden las experiencias de los relatos de esta semana profundizar tu comprensión de la revelación de la presencia y la obra de Dios en tu vida y en tu comunidad? ¿Qué pasos puedes dar esta semana para cultivar una sensibilidad espiritual más profunda en tu vida cotidiana?



TIEMPO DE

ASOMBRO

«¡Canten al Señor, alaben su nombre!
¡Proclamen día tras día su salvación!
Anuncien su gloria entre las naciones,
sus maravillas a todos los pueblos».

SALMO 96:2-3

EL ASOMBRO DE LA NAVIDAD NOS INVITA A ACERCARNOS

La encarnación de la Navidad
puede cambiar nuestra perspectiva.

POR ISAAC GAY

MIS SUEGROS VIVEN en un terreno de tres acres al oeste de Nueva York. Detrás de su casa corre un arroyo en el que mi esposa y sus hermanos recuerdan haber jugado de niños. Sus risas resuenan ahora con las carcajadas de nuestros hijos. Hileras de árboles de hoja perenne bordean la propiedad, envolviendo los altibajos y los matices de la vida familiar. Una noche de invierno, mientras paseaba entre la nieve amontonada sobre las ramas y sobre el camino, mi mente vagó hacia una visión de la «era venidera». Mientras millones de copos de nieve caían a mi alrededor, con su expresión única de la sabiduría creadora de Dios, volví a sentir asombro.

La palabra del latín *inspirare*, fuente de la palabra *inspiración*, se traduce literalmente como «soplar». En la pausa entre nuestras respiraciones, de vez en cuando somos llevados a un lugar de inspiración donde podemos observar lo que antes estaba oculto para nosotros y, ahí, nuestros ojos vislumbran algo nuevo que un día será revelado.

Al ver las cosas a través de los ojos de los niños, es evidente que la inspiración y el asombro son parte de la postura original del alma humana. Como dice Jesús: «Les aseguro que el que no reciba el reino de Dios como un niño, de ninguna manera entrará en él» (Marcos 10:15). El poeta Dylan Thomas lo expresó de esta manera: «Niños mirando las estrellas con asombro / Ese es el objetivo y el fin» [traducción propia]. Como adultos maduros y comedidos, a menudo nos encontramos descuidando el asombro cotidiano y conservándolo como una respuesta más propia ante lo más grandioso y palaciego. Al compartimentar nuestra vida cotidiana, podemos perder fácilmente ese sentido de humildad y disponibilidad que les permite a los niños relacionarse con el mundo que los rodea con asombro. Si no tenemos cuidado, nuestro orgullo, pragmatismo y autodependencia pueden despojarnos de la esencia que nos hace más humanos, haciendo que cerremos los ojos a las maravillas que los niños ven con tanta facilidad.

La historia de la encarnación de Dios nos invita a adoptar una actitud de asombro como la de un niño. En medio de las presuposiciones acerca de un nacimiento propio de un rey, Cristo nace en circunstancias poco memorables. Al igual que los que esperaban al Mesías en aquella época, nuestros ojos modernos habrían pasado por alto Belén en favor de Jerusalén. Habríamos ignorado a los pastores de las laderas de la misma manera en que ignoramos a los mendigos de las calles, buscando en su lugar la esperada grandeza de la gloria. Sin embargo, cuando llegamos a la escena del niño acostado en el pesebre, encontramos el epítome del asombro. Dios redirige nuestra mirada hacia lo humilde y maravilloso, saliendo al encuentro de la humanidad de la manera más mundana. La Encarnación nos recuerda que, cuando nos detenemos, nuestra capacidad de asombro ya no depende de la magnitud, sino que está disponible en la monotonía.

Cuando nos reunimos con nuestros seres queridos y comienza la temporada de las luces y las velas, las campanas de trineo y la natividad, es bueno contemplar lo elemental, contemplar con asombro una noche clara, deleitarse con el sabor de los pasteles recién horneados, reír al son de los niños jugando y abrir la puerta de la fe infantil que solo el asombro puede abrir. No solo encontramos a Cristo allí, sino que lo encontramos invitándonos a compartir su manera de ver el mundo que ha creado. ■

REFLEXIONA

Reflexiona sobre un momento de tu vida en el que hayas experimentado una profunda sensación de asombro o admiración. ¿Qué estaba sucediendo a tu alrededor y cómo profundizó esa experiencia tu aprecio por la belleza y el poder de Dios?

El devocional menciona la importancia de recibir el reino de Dios como un niño. ¿Cómo puedes cultivar una actitud de asombro como la de un niño en tu propia vida, especialmente durante la temporada de Adviento?

UNA PROMESA EN LA OSCURIDAD

La profecía de Isaías es una luz para las noches oscuras.

POR KIMBERLY PHINNEY

MI HIJA LE TIENE MIEDO a la oscuridad. Así que, como adulta racional que se supone que sabe que no hay nada que temer cuando apagamos las luces, intento calmar su llanto con respuestas racionales. Pero diga lo que diga, no funciona. El único remedio que la tranquiliza es mi presencia: «No te preocupes, estoy aquí contigo». Así que, mientras me acomodo a su lado y espero a escuchar su respiración de sueño profundo, me pregunto qué tiene la profundidad de la noche que es tan inquietante, no solo para nuestros hijos, sino para todos nosotros.

La humanidad ha temido a la oscuridad en sus diversas formas desde el principio de los tiempos, como queda claro en las epopeyas junto al fuego de nuestros antepasados y en el tórrido arco de la historia. Yo también llegué a temer a la oscuridad en las garras de una enfermedad crónica que estuvo a punto de acabar con mi vida en 2021, cuando la sepsis causó graves estragos en mi cuerpo, frágil tras una cirugía sin éxito. Así pues, tal vez el miedo de nuestros hijos a la oscuridad no carezca de mérito; tal vez sea la primera punzada del pavor que los adultos conocemos como las ansiedades reales que nos mantienen despiertos por la noche.

Las habitaciones oscuras de los niños son un anticipo del mal que desconocen, ya que las sombras de sus juguetes se convierten en presagios de la ruina. El día en que este vacío imaginario se convierte en algo real es el día en que nuestros hijos aprenden, como todos los que les hemos precedido, que la otra cara de la moneda de la vida realmente existe: el bien y el mal, la paz y la guerra, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte.

Isaías, el profeta de la Biblia que anunció al Mesías, sabía mucho acerca de esta oscuridad, pero a pesar del negro manto de caos y guerra que le rodeaba, anticipó algo mucho mayor: una Luz venidera —con mayúscula—, porque esta Luz llegaría como un bebé y redimiría para siempre la cara oscura de la moneda. Isaías profetizó: «Porque nos

ha nacido un niño, se nos ha concedido un hijo (...) y se le darán estos nombres: Consejero Admirable, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz» (Isaías 9:6). Esta Luz traería justicia, rectitud y paz que «no tendrán fin» (v. 7). Isaías exhorta al pueblo de Dios a que tenga ánimo. Casi puedo oírle ahora, hablando a mi propia oscuridad y sus secuelas: *Querida alma, iresiste! La esperanza para tu sufrimiento y la luz para tu oscuridad ya están aquí. El Mesías viene y reinará por toda la eternidad.*

La luz se menciona en la Biblia más de 250 veces, y a cada mención, su simbolismo es claro: la luz representa la presencia de Dios, la persona de Cristo y la santidad. En su sermón de Adviento de 2013, el doctor Timothy Keller llamó a la profecía de Isaías sobre Cristo «la Luz inesperada y definitiva». Cristo es la Luz que «vino a vencer la profunda oscuridad del mundo», exhorta Keller. Así pues, la Navidad es el nacimiento de la Luz, la gran panacea para todo lo que asola a la humanidad en las sombras. Por eso, la temporada de Adviento suscita una gran anticipación y es un momento que muchos esperan con impaciencia. Sin embargo, en la profecía de Isaías hay una presencia que es para nosotros todo el año, en cualquier oscuridad o sufrimiento al que nos enfrentemos.

Le pregunté a mi hija qué tiene mi presencia que la ayuda a superar su miedo a la oscuridad, y me dijo: «Se lleva la soledad». Después de todo, puede que no seamos tan diferentes de nuestros hijos. Si nos enfrentamos solos a la oscuridad, hay motivos para sentir un gran temor. Pero si creemos en la presencia de Cristo, en su promesa: «Estoy aquí con ustedes», entonces también nosotros podemos encontrar un motivo para exhalar nuestros propios suspiros profundos de alivio en la oscuridad; para poder dormir para soñar y luego anticipar la mayor Luz venidera de todas. Cuando estaba sola en mi cama en el hospital, aprendí esta dura y hermosa verdad de primera mano: debemos soportar una gran oscuridad en este mundo, pero también conocemos a Aquel que es la luz. Porque está escrito en Juan 1:4-5: «En él estaba la vida y la vida era la luz de la humanidad. Esta luz resplandece en la oscuridad y la oscuridad no ha podido apagarla». ■

REFLEXIONA

Isaías profetizó sobre una Luz venidera, Jesucristo, que traería justicia y paz. ¿Cómo cumple Jesús estas promesas en tu vida o en el mundo que te rodea?

Reflexiona sobre un momento en el que tú o alguien que conoces haya experimentado en su vida miedo o ansiedad en medio de la oscuridad, ya sea de forma literal o metafórica. ¿De qué manera la presencia de Dios trajo paz en esa situación?

HUMILLADO EN UN PESEBRE

El gran enigma de la debilidad y el poder.

POR VIJAY KRISHNAN

SI ALGUNA VEZ HAS TENIDO la agradable (y caótica) experiencia de participar en una obra infantil de Navidad, probablemente recuerdes la escena que tiene lugar frente a la puerta de la posada. Tal vez te tocó interpretar al severo posadero cuyo hospedaje económico del primer siglo estaba totalmente lleno por esa noche. Al final, su reticente generosidad se apodera de él y decide ofrecerle un espacio a la joven pareja en la parte de atrás de su propiedad, con los animales. O tal vez te hayan dado el papel de la oveja. («No hay papeles pequeños», te decían).

Pareciera como si el versículo que ayuda a explicar por qué el Salvador del mundo terminó por ser colocado en un comedero para animales en su primera noche en la tierra no fuera central en el relato de Lucas. Pero los lectores atentos del evangelio completo de Lucas verán que, a lo largo de su narración, pone mucho cuidado en destacar varios contrastes (ricos y pobres, orgullosos y humildes) que rodean a Jesús y, en particular, las respuestas contrastadas a la presencia misma de Jesús. Lucas 2:7, por tanto, no fue escrito por casualidad.

No solo pone de relieve la increíble humillación que Jesús y su familia soportaron (y que Jesús siguió eligiendo a lo largo de su vida y en su ministerio), sino que insinúa algo más, algo que también sería un tema continuo a lo largo de la vida de Jesús: el rechazo.

Pensemos en el hecho de que José y María habían regresado a Belén, la ciudad a la que pertenecía su familia y donde probablemente aún residía su familia extendida, y muchos más habían regresado para el censo. Habría sido costumbre que María y José fueran invitados a quedarse con parientes. La mayoría de las casas tenían algún tipo de habitación para invitados precisamente para situaciones como esta. Para contextualizar, Lucas utiliza la palabra traducida como «alojamiento» en la historia del buen samaritano en Lucas 10:34 cuando se refiere a una posada comercial real, mientras que la traducción aquí parece

referirse más bien a una habitación para huéspedes. ¿Debemos suponer que todas las habitaciones de huéspedes de todas las casas de todos los parientes de José estaban llenas? ¿No deberían haber dado prioridad a unos parientes con un embarazo muy avanzado?

La respuesta lógica sería «sí», pero es posible que haya habido un estigma asociado a este embarazo. Es posible que María y José hayan llegado a su ciudad natal bajo el cotilleo y el tinte de una situación vergonzosa.

El hecho de que el Hijo de Dios naciera en una cueva reservada para los animales, en lugar de en una habitación de huéspedes cálida, segura y mucho más higiénica, rodeado de una familia cariñosa y afectuosa, no es simplemente producto de una noche en que los hoteles estaban llenos. Debemos leerlo como otro presagio profético de lo difícil que iba a ser la vida para Jesús y sus padres. El estigma, la vergüenza y el consiguiente rechazo por parte de la familia y los amigos se hacen evidentes en la escena del pesebre y son temas recurrentes en los Evangelios.

El pesebre representa no solo la humildad de Jesús, sino también su humillación. El pesebre en el que fue acostado es tanto un símbolo de rechazo como lo es la cruz en la que murió. Nos muestra que, desde el principio hasta el final, la vida de nuestro Salvador estuvo llena de dolor y dificultades.

Y, sin embargo, no podemos pasar por alto lo que sigue inmediatamente al versículo 7 en el relato de Lucas: en el mismo momento en que era avergonzado y rechazado por aquellos que había venido a salvar, todos las huestes del cielo proclamaban su honor, su gloria y su reinado. De hecho, los pastores, quienes también sufrían rechazo e ignominia, acudieron corriendo a verlo y a adorarlo, atrapados en el gran misterio: en el gran enigma de la humillación y la gloria; de la debilidad y el poder. ■

REFLEXIONA

Piensa en el estigma y la vergüenza a los que José y María se habrían enfrentado en Belén. ¿Cómo reaccionas ante situaciones en las que tú u otras personas son juzgadas por la sociedad?

Considera la superposición del rechazo de Jesús por los humanos y su honor declarado por las huestes celestiales. ¿Qué podemos aprender de esta realidad?

LA GLORIA VISTA A TRAVÉS DE LOS PASTORES

El asombro de los ángeles da inicio al anuncio de la Navidad.

POR JULIA BARTEL

«NO TENGAS MIEDO». Cada vez que aparece un ángel en la historia de la Natividad de Lucas, dice estas palabras. María las oye de boca de Gabriel durante la Anunciación. Gabriel también se las dice a Zacarías cuando aparece en el templo (Lucas 1:13,30). Ahora, en el amanecer de la Navidad, las oímos por tercera vez, cuando unos humildes pastores son testigos de la irrupción de un asombroso acontecimiento sobrenatural en el lugar menos esperado.

Siempre que aparecen en la narración bíblica, los ángeles representan el poder y la gloria de Dios. Su santidad nos parece de otro mundo; quizá sean lo más cercano a los extraterrestres en la Biblia. Su aparición en el mundo inicia una superposición de la realidad celestial con la vida terrenal, tan poderosa y extraordinaria, que hace que quienes la ven caigan sobre sus rostros con profundo asombro y temor. Lucas 2 detalla el terror que sintieron los pastores cuando «la gloria del Señor los envolvió en su luz» (v. 9). La visión los sobrecogió por completo.

Parece extraño que los seres celestiales, mensajeros del Señor en toda su gloria extraordinaria, se apresuren a consolar a quienes son testigos de ese poder. Sin embargo, eso es exactamente lo que hace el ángel. «No tengan miedo», les dice, y les comunica las nuevas «que serán motivo de mucha alegría para todo el pueblo»: ha nacido el Mesías (vv. 9–10).

El hecho de que los mensajeros celestiales de Dios pronuncien palabras tranquilizadoras, como hacen a menudo a lo largo de sus apariciones en los relatos bíblicos, revela el carácter de Dios y la forma en que el mundo sobrenatural está ordenado bajo su soberanía. En este momento de Lucas 2, la majestuosa gloria del ángel no habla del ángel en sí, sino de la gloria mucho mayor del Dios encarnado; sus palabras de consuelo apuntan al Salvador que, en ese momento, al fin había llegado para traer consuelo a un mundo herido. El momento del anuncio

a los pastores yuxtapone la aterradora gloria del Señor con sus propósitos de amor: usa su poder no para herir, sino para consolar; no para asustar, sino para sorprender. Y todo ello señala hacia Jesús, en quien estos aspectos aparentemente opuestos del carácter de Dios están perfectamente unidos.

Mientras los pastores escuchaban atónitos el mensaje de consuelo y gozo del ángel —quizá haciendo todo lo posible por consolar a sus asustadas ovejas—, fueron testigos de tan solo una pizca de toda la gloria del Buen Pastor, el Gran Consolador, el Cordero del Sacrificio, cuya sangre redimiría al mundo. ■

REFLEXIONA

Considera cómo respondes a los momentos de intervención divina o de bendición inesperada. ¿Cómo puedes cultivar una actitud de asombro y gratitud en tu vida cotidiana?

Piensa en un momento en que te sentiste pequeño o insignificante. ¿De qué manera la historia de los pastores te revela la manera en que Dios valora a los seres humanos?

DÍA DE NAVIDAD

EL MAYOR ASOMBRO

Una celebración de la dependencia y el sacrificio del día de Navidad.

POR GABRIELLE MCCULLOUGH

LEE LUCAS 2:1-20

NUNCA OLVIDARÉ EL PRIMER MOMENTO en que las enfermeras lo pusieron sobre mi pecho. El sonido de un llanto que gritaba de impotencia. Su cuerpo conmocionado por el aire frío pero confortado por el calor de mi piel. La forma en que sus labios se abrían y cerraban, ansiando saciar su hambre. La forma en que sus ojos buscaban a alguien que lo mirara. Es en este tipo de necesidad absoluta donde se encuentra el amor incondicional. Este amor es lo que llena mis días en este tiempo: la alegría y el caos de cuidar a un recién nacido, que depende de mí en casi todos los sentidos. Depende de mí para alimentarse, para recibir consuelo y ayuda en lo grande y en lo pequeño. Sin el cuidado de sus padres, está física y emocionalmente indefenso. Ahora más que nunca, en el día de Navidad, mientras miro fijamente a los preciosos ojos de mi hijo, me impresiona la humildad de nuestro Salvador, que eligió este estado de vulnerabilidad como su maravillosa entrada en el mundo.

Lucas 2:6-7 relata esta entrada: «Se le cumplió el tiempo [a María]. Así que dio a luz a su hijo primogénito. Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada». No había palacio ni alfombra roja para Jesucristo. El Salvador del mundo, el rey entronizado para siempre, nació de la virgen María y probablemente fue colocado en un comedero usado por animales. Nuestro Dios Todopoderoso eligió voluntariamente la dependencia y la debilidad. Se sometió a la plena mortalidad del hombre para vivir una vida sin pecado y morir como un pecador, a fin de ser nuestro sustituto perfecto y reconciliarnos con el Padre por la gracia mediante la fe. Es la mayor historia de amor y la expresión más radical de sacrificio de toda la historia. Dios se hizo hombre y habitó entre nosotros (Juan 1:14) para poder salvarnos mediante su vida, muerte y resurrección.

Ya sea en nuestra época actual, en la que el liderazgo se equipara con un gran escenario y muchos seguidores, o en el Imperio romano, donde la fuerza y la dominación eran la norma, la encarnación de Jesús es la forma de liderazgo más contracultural que podamos imaginar. Mientras nosotros nos dejamos impresionar con demasiada facilidad por los indicadores mundanos del éxito y buscamos la importancia en nuestra propia independencia, el nacimiento de Jesús y su aceptación de la dependencia absoluta invierte por completo el guion de cómo debemos entender la influencia. Su liderazgo es servicio; se inclina y se acerca a nosotros con mansedumbre; renuncia a su poder para entregar su vida, tanto en su entrada en un pesebre como en su salida en la cruz.

Como seguidores de Jesús y del modo de vida que Él le ofrece a su creación, la temporada de Navidad nos invita a meditar en la humildad de Cristo y a seguir su liderazgo. Que cambiemos el ansia de poder por el ansia de sacrificio. Que nos caractericemos por nuestra paciencia con los que nos hacen daño, nuestro servicio a los más pequeños y nuestro amor incondicional al prójimo. Y al seguir su camino, que asumamos también una actitud bajo su cuidado como débiles, necesitados y dependientes, porque estamos completamente indefensos sin Él. El día de Navidad, Jesús se hizo débil adoptando una forma humana para que pudiéramos encontrar la vida a través de Él y de su poder supremo. ■

UNA INVITACIÓN ESCRITA EN LAS ESTRELLAS

El asombro y la convicción que nos conducen al Rey.

POR KEN SHIGEMATSU

EN LA PELÍCULA *CONTACTO*, hay una emotiva escena en la que la astrónoma Ellie Arroway, interpretada por Jodie Foster, le explica a su amiga su decisión de aventurarse a salir al espacio exterior, a pesar de los evidentes peligros. Dice: «Desde que tengo memoria, he estado buscando algo, alguna razón por la que estamos aquí. ¿Qué hacemos aquí? ¿Quiénes somos? Si esta es una oportunidad de averiguar aunque solo sea una pequeña parte de esa respuesta... No sé, creo que vale la pena una vida humana. ¿No crees?».

Quizá no tengamos el anhelo de salir a buscar y aventurarnos en el espacio exterior, pero de forma consciente o inconsciente, todos queremos saber por qué estamos aquí: anhelamos descubrir el significado de nuestra existencia. A pesar de este anhelo humano innato, descubrimos algo sorprendente en otra historia de proporciones cósmicas. En la historia de los magos, también conocidos como los sabios de oriente, se nos revela que nosotros no somos los mayores buscadores: Dios lo es.

Los magos han sido descritos a lo largo de muchos siglos como sabios. ¿Eran sabios? Sí, pero no en el sentido en que solemos pensar. Eran expertos en discernir el significado de las estrellas.

Un judío habría considerado a los sabios —magos, astrólogos y hechiceros— como idólatras, como gentiles que eran extranjeros racial, cultural y espiritualmente en la familia del único Dios verdadero.

Entonces, ¿por qué Mateo incluye a estos gentiles en un relato escrito principalmente para judíos? Parece que Mateo quiere mostrarnos que Dios busca a los extranjeros y los invita a la fiesta de cumpleaños de su Hijo. No importa cuál sea nuestro origen racial o cultural, no importa lo que hayamos hecho o dejado de hacer, o cómo sintamos que no hemos alcanzado nuestros propios estándares o los de nuestro Creador: Dios también nos busca.

En el relato de Mateo, vemos que mientras la estrella conduce a los sabios a Jerusalén, son las Escrituras las que en última instancia los

conducen a Jesús. Cuando el rey Herodes se enteró de la estrella que anunciaba el nacimiento del gran rey, reunió a todos los sumos sacerdotes y eruditos religiosos y les preguntó dónde iba a nacer el Mesías. Le respondieron: «En Belén». Luego citaron palabras de las Escrituras de Miqueas 5:

> Pero tú, Belén, en la tierra de Judá,
> de ninguna manera eres la menor
> entre las principales ciudades de Judá;
> porque de ti saldrá un príncipe
> que será el pastor de mi pueblo Israel (Mateo 2:6).

La estrella guió a los sabios a la «meta» de Jerusalén, pero fueron las Escrituras las que los llevaron al «blanco exacto» de Belén, es decir, a Jesús. Dios puede usar todo tipo de cosas, incluyendo la belleza y la aflicción, para acercarnos a Jesús; sin embargo, el medio que Dios usa a menudo para llevarnos a Jesús con mayor claridad son las Escrituras.

No obstante, no basta con estar expuesto a las Escrituras o conocerlas. Los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley sabían que una estrella había anunciado el nacimiento del gran rey y que este gobernante ungido, el Mesías, nacería en Belén, pero no hicieron el breve viaje de seis millas hasta allí.

Podemos estar expuestos a las Escrituras y, sin embargo, no responder en consecuencia. Años más tarde, Jesús le diría a la élite religiosa: «Ustedes estudian con diligencia las Escrituras porque piensan que en ellas hallan la vida eterna. ¡Y son ellas las que dan testimonio en mi favor! Sin embargo, ustedes no quieren venir a mí para tener esa vida» (Juan 5:39–40).

En esta temporada de Adviento, al dejar que el asombro de las estrellas y la convicción de las Escrituras nos conduzcan de nuevo a Jesús, podemos sentir una gran alegría como los sabios de la antigüedad. Y al igual que los magos, al postrarnos en adoración ante Jesús, encontraremos en Él el verdadero significado de nuestras vidas. ■

REFLEXIONA

Piensa en el gozo y la adoración que experimentaron los sabios cuando encontraron a Jesús. ¿Cómo puedes cultivar un sentimiento similar de gozo y adoración en tu propia vida al acercarte a Jesús durante esta temporada de Adviento?

Los sabios eran extranjeros: gentiles que no formaban parte de la comunidad judía. ¿Cómo influye su inclusión en la historia del nacimiento de Jesús en tu percepción de cómo Dios nos busca y nos invita a relacionarnos con Él?

TIEMPO DE

REFLEXIÓN

Recuerda y reflexiona sobre los relatos de asombro y admiración de esta semana en la historia de la Navidad y deja que inspiren y renueven tu propio sentido del asombro.

¿Con qué historia te identificas más?

DÍA 1 Isaías

DÍA 2 La famila de Jesús

DÍA 3 Los pastores

DÍA 4 Jesús

DÍA 5 Los sabios

¿Por qué?

¿Puedes acercarte a la historia de la Navidad con una visión renovada? Al reflexionar sobre las respuestas de quienes se encontraron con el nacimiento de Jesús, ¿cómo puedes cultivar un espíritu de asombro y reverencia en tu corazón durante este tiempo de Navidad?

EN ÉL ESTABA LA VIDA
Y LA VIDA ERA LA LUZ
DE LA HUMANIDAD.
ESTA LUZ RESPLANDECE
EN LA OSCURIDAD
Y LA OSCURIDAD NO
HA PODIDO APAGARLA.

JUAN 1:4-5

CT